

La Señorita del Almacén

COMEDIA

en tres actos y en prosa

ORIGINAL DE

FRANZ TONSON y FERDINAND WICHELER

TRADUCIDA POR

SINIBALDO GUTIÉRREZ



Copyright, by Sinibaldo Gutiérrez, 1913

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1914



LA SEÑORITA DEL ALMACEN

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA SEÑORITA DEL ALMACÉN

COMEDIA

en tres actos y en prosa

ORIGINAL DE

FRANZ TONSON y FERDINAND WICHELER

TRADUCIDA POR

SINIBALDO GUTIÉRREZ

Estrenada en el TEATRO VICTORIA EUGENIA de San Sebastián, el
26 de Septiembre de 1913, y en el TEATRO LARA de Madrid,
el 28 de Noviembre del mismo año



MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º

Teléfono número 551

1914

REPARTO

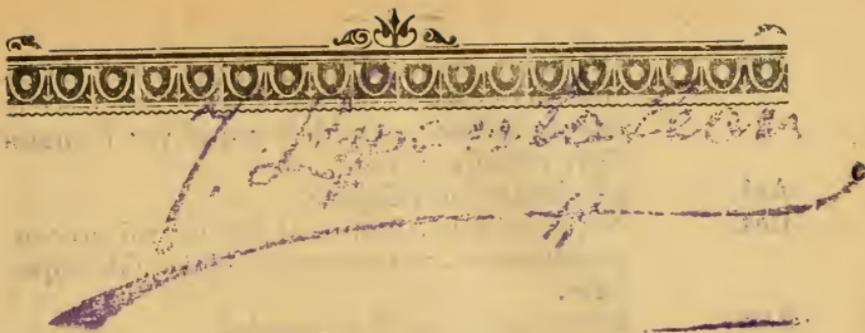
PERSONAJES

ACTORES

DESIDER.....	Ramón Peña.
AMELIN.....	Salvador Mora.
ANDRÉS, hijo de Desider.....	Luis Manrique.
ENRIQUE, hijo de Amelin.....	José Mora.
ANTONIO.....	José Isbert.
UN PARROQUIANO.....	Nicolás Perchicot.
UN COBRADOR.....	} Jesús Tordesillas.
INVITADO 1.º.....	
CLARA FRENOIS.....	Mercedes Pardo.
CLEMENTINA, esposa de Desider.....	Virginia Alverá.
JULIETA, hija de Desider.....	Luisa Moneró.
RUDEGUNDA, señora Dumont.....	Leocadia Alba.
LUISA.....	Carmen Gracia.
UNA CRIADA.....	Carmen Herrero.

Invitadas é invitados

Derecha e izquierda, las del actor



ACTO PRIMERO



Decoración: Un almacén de muebles, modesto. A la derecha del actor en primer término, una puerta. En segundo término puerta que da á las habitaciones interiores. Puerta al foro derecha que da á la calle. A la izquierda dos escaparates que dan á la calle. En primer término izquierda puerta con mampara que se abre hacia escena con manivela, y un timbre en la parte de arriba para que suene cada vez que se abre la mampara. Aparato de luz eléctrica apagado y colgado del techo en el centro de la escena. Al foro derecha escaparates.

ESCENA PRIMERA

ANTONIO escribiendo en el pupitre. DESIDER que sale por la primera derecha

- Des.** (Saliendo.) Antonio, ¿vino alguien esta mañana?
- Ant.** De la fábrica trajeron una factura. Les dije que esperasen hasta primeros de mes. También estuvo el cobrador del Banco de Bélgica para la renovación de la letra. Quedó en volver más tarde.
- Des.** ¿Nadie más?
- Ant.** ¡Ah! Sí: un caballero que quería ver el cuarto amueblado del segundo.
- Des.** ¿Le gustó?
- Ant.** No lo sé; sólo dijo que no le convenía.

- Des.** Paciencia. (Pausa.) Bueno; mire usted, Antonio: vaya usted en seguida á presentar la cuenta á casa de Ouldes; y una vez cobrada lleve usted el dinero...
- Ant.** ¿Al Banco de Bélgica?
- Des.** No; al señor Amelin, el casero; mi preocupación es no retrasarme en el pago de alquileres.
- Ant.** Bien; ¿desea usted algo más?
- Des.** No. Mientras tanto, estaré yo al cuidado del almacén.
(Al salir Antonio por la puerta del foro derecha se encuentra con Clementina y Julieta, su hija, que vienen de la calle.)

ESCENA II

DICHOS, CLEMENTINA y JULIETA con un ramo de flores

- Ant.** Dispense usted, señora. (Al intentar de nuevo salir se encuentra con Julieta.) Perdone usted, señorita Julieta. (Retrocede otra vez. Cuando quiere marcharse por tercera vez, le llama Clementina)
- Clem.** ¿Dónde va usted, Antonio?
- Ant.** A cobrar una factura...
- Clem.** Bien Si es muy lejos tome usted el tranvía.
- Ant.** Y á pagar el alquiler de la casa del mes corriente.
- Clem.** ¡Ah, entonces debía usted darse un paseo á pie!... Es muy higiénico.
- Des.** Le dejarás marchar, ¿sí ó no? (Vase Antonio.)

ESCENA III

DESIDER, CLEMENTINA y JULIETA

- Clem.** ¿Es que no puedo preguntarle adónde va?
- Des.** Sí, mujer, sí... Pero ¿no ves que ahora tiene prisa?
- Clem.** Bueno, hijita, lleva estas flores al comedor... ponlas en agua.
- Jul.** Muy buenos días, papá.
- Des.** Buenos días, hijita... (Refunfuñando.) ¡Las mujeres todo lo quieren averiguar!

- Clem.** Hijo, se te está poniendo un carácter imposible. De seguro hoy vence alguna letra.
- Des.** Vencía. Pero me hacen el favor de renovarla.
- Jul.** Mamá, deja á papá tranquilo; vamos á arriba.
- Clem.** ¿Es que va mal el negocio?
- Des.** ¡Qué ha de ir, mujer!
- Clem.** Si te lo pregunto, es porque tal vez yo...
- Des.** ¿Os falta algo? Podéis seguir paseándoos por Bruselas.
- Clem.** ¿Paseando? Venimos tu hija y yo de hablar con el nuevo profesor de piano...
- Des.** ¿Piano?
- Clem.** Sí, piano. A los hijos hay que educarlos como es debido. El piano siempre adorna.
- Des.** La habitación.
- Clem.** Y la persona... ¿Qué señorita, medianamente educada, no sabe tocar el piano?
- Des.** ¡Pero si Julieta ya sabe tocar!... ¡Poco que nos atormenta todas las mañanas!
- Jul.** ¿Papá, qué dices?
- Clem.** Por lo mismo que sabe, necesita otro maestro mejor.
- Jul.** Sí, papá.
- Des.** ¿Otro maestro? ¿Cuántos van?
- Jul.** Seis... Pero este es el de más fama.
- Clem.** ¡Ya lo creo! ¡Como que lleva diez francos por lección!
- Des.** ¿Qué dices? ¿Diez francos? ¿Os figuráis que yo fabrico dinero?... ¡Eso es imposible!
- Jul.** Papá, no te incomodes; si no quieres, yo...
- Clem.** ¡Cállate, hija! ¡No faltaba más! Vete arriba y espérame. En seguida subo. (Vase Julieta por la segunda derecha.)

ESCENA IV

DESIDER Y CLEMENTINA

- Clem.** Gustavo, ¿qué es lo que te pasa? ¿Qué mosca te ha picado hoy?
- Des.** A mí no me pica ninguna mosca.
- Clem.** Te conozco. Algo te ocurre.
- Des.** Me ocurre... Bueno, vas á saberlo... Estoy

- hasta aquí. (Hace signos de estar ahogado.) ¿Comprendes? ¡Hasta aquí!
- Clem.** ¿Alguna cuenta incobrable?
- Des.** Varias... Pero soy yo quien no las puede pagar.
- (Entra Andrés llevando libros y apuntes bajo el brazo.)

ESCENA V

DICHOS. ANDRÉS por la primera derecha

- And.** Buenos días, mamá.
- Clem.** Buenos días, Andrés.
- And.** Hola, papá.
- Des.** (Con sequedad.) Buenos días.
(Andrés le mira con extrañeza.)
- And.** Pero, ¿qué caras son esas? ¿Qué os pasa?
- Clem.** ¿A mí?...
- And.** Sí; á tí y á papá.
- Des.** (Como saliendo de su ensimismamiento.) Oye, Andrés; celebro que hayas venido; tenemos que hablar en serio... Ya va siendo hora de que te preocupes de tu porvenir... de ser hombre de provecho.
- And.** Pero, papá, si yo...
- Des.** ¿Tú... qué?
- And.** Yo trabajo.
- Des.** ¿Trabajas? ¿En qué?
- And.** Estudio. Voy á la Universidad.
- Des.** Y al café de la Universidad: ¿á eso llamas tú trabajar?
- Clem.** Desider, deja en paz al chico, que hoy no hay quien te resista.
- Des.** Bueno, como queráis; está bien... ruede la bola, os dejo en paz... Quedáos con Dios.
- And.** No, papá, no. Tú tienes algo. ¿Qué ocurre? ¿Qué pasa? vamos á ver.
- Clem.** Nada, hijo mío, nada.
- Des.** Pasa, que los tiempos actuales son malos para el comercio. Y que á mí me gustaria verte á mi lado, ayudándome... que buena falta me hace...
- Clem.** Eso es... ¡Mi hijo almacenista de muebles!
- Des.** Pues tu marido, ¿qué es?
- Clem.** No compares; tú no servías para otra cosa.

- Des. Gracias.
- Clem. O por lo menos no supiste escoger tu destino.
- Des. ¿Que no supe escoger? Conformes; tú lo has dicho.
- Clem. Pero nuestro hijo, aseguran sus profesores que tiene mucho talento.
- Des. ¿Tengo yo la culpa de que mi hijo tenga talento?
- Clem. ¡La culpa! Orgullosa debías estar de ello.
- Des. No insistas más, Clementina, te lo suplico. ¡Quizá algún día nos arrepintamos de haber educado á nuestros hijos para señoritos! ¡Abogado! ¡Qué bien suena! ¡Abogado! Sus dichosos estudios me cuestan un ojo de la cara, y, cuando lo sea, me costará el otro, como sucede por haber aprendido á tocar el piano la niña. ¡Piano!
- Clem. Si yo tengo empeño en que mi hijo siga esa carrera es...
- Des. Es porque el chico del tendero de enfrente estudia para médico.
- Clem. No; porque es el único medio de salir de nuestra modesta posición... Quiero que mi hijo figure en el mundo, en la política... Que llegue á ser diputado, y si puede ser, á Ministro.
- Des. ¿Ministro?... ¡Monomanía de grandezas! Tú, como yo, has oído decir muchas veces: *Fulano tiene madera de Ministro*, y crees que es cuestión de tapicería como los muebles.
- Clem. ¡Desider, eres un imbécil!
- And. Tu obstinación, papá, es incomprensible; tú mismo acabas de decir que el comercio va mal.
- Des. Los abogados sin pleitos van peor. En un periódico leí ayer, que un abogado ha tenido que meterse á conductor del tranvía para poder comer, y otro es pinche en el Hotel Universal.
- And. ¿Y tú crees eso, papá?
- Clem. Mi hijo será de los que van á la Audiencia en automóvil.
- And. Ten confianza: mi vocación es grande y, no lo dudes, mi porvenir será brillante.
- Des. ¡La vocación! El pretexto de los gandules.

Por todas partes se va á Roma. Trabaja de firme... y el camino es lo de menos. A uno se le ocurrió vender mondadientes metidos en una fundita de papel. Qué tontería, ¿verdad? Pues se hizo millonario. Y no falta, quien vendiendo chocolate, ha llegado á Marqués.

Clem.

¡Cuántas tonterías estás diciendo!

Des.

¡Verdades amargas!

Clem.

¡Con lo repulsivo que estabas antes de la educación que les damos á tus hijos! ¡No digas esas cosas, por Dios, Gustavo!

Des.

Si... tal vez tengáis razón... Voy demasiado lejos... Es que estoy nervioso... lo reconozco... pero, sería muy conveniente, creedme, que Andrés me ayudase. El almacén necesita remozarse, un impulso joven que lo mantenga á la altura de las exigencias modernas.

And.

Pues yo, la verdad, tengo otros ideales; no me siento con ánimos de pasarme la vida en la tienda vendiendo butacas de gutapercha.

Des.

(Animándose poco á poco.) ¡La tienda! ¡La tienda! ¿Ves ese pupitre? Pues ahí se pasó lo mejor de su vida Julio José Octavio Desider, mi abuelo, fundador de la casa. Su venerable cabeza blanca inspiraba admiración á toda la vecindad... En este tugurio vivió y murió el segundo Desider, mi padre, inventor del taburete plegable... Sobre ese techo, que parece caerse encima, nació Gustavo Leopoldo Constantino Desider, tu padre aquí presente, el más desdichado de la dinastía Desider, hoy tan en decadencia. Y en ese comedor angosto y triste, donde hay que encender luz hasta para tomar el desayuno, hemos esperado los tres, mi abuelo, mi padre y yo, que se abriera esa puerta que antes nos llamaba con campanilla, hoy con timbre... Cuando sonaba ¡trrrrim!... el corazón saltaba de gozo pensando: ¿será la fortuna tal vez?... Y salíamos inquietos esperanzados de conseguirla, mi abuelo para su Leopoldo, mi padre para su Gustavo, y yo para Andrés y Julieta. Es hoy, y no puedo remediarlo; cuando oigo sonar el timbre, me pregunto ilusionado: ¡Dios mío! ¿será esta vez la fortuna?

(Suenan el timbre y entra el Cobrador del Banco.)

ESCENA VI

LOS MISMOS, EL COBRADOR por la primera izquierda con cartera
con letras

- Cob.** ¡El cobrador!
Des. ¿Trae usted la letra para firmarla?
Cob. Aquí está. (El Cobrador le entrega un papel, Desider lo firma y se lo devuelve, saliendo.) Señores, muy buenos días.
And. ¿Qué es esto?
Des. Nada; una letra que venció... Como las ventas escasean, no tenía fondos... y he conseguido que me la prorroguen por tres meses... (Preocupado.) Ya se pagará, Dios mediante... Nada... Anda, hijo, anda... Puede que tengais razón..
And. ¡Papá! Te prometo trabajar mucho; pronto estareis contentos de mí; un poco de paciencia todavía.
Des. Sí, hijito, sí.... (Esforzándose para sonreirse.) Esto no tiene importancia... todo se arreglará á pedir de boca.... Anda, vete; vete á clase... (Vase Andrés por primera izquierda.)

ESCENA VII

DESIDER, CLEMENTINA

(Desider se sienta ante el escritorio, su mujer se acerca pausada y cariñosa.)

- Clem.** Desider, he pensado una cosa. Despedir á la criada.
Des. ¡Eso no...! ¿Por qué...? ¡No es para tanto!
Clem. Gustavo, ¿ese que mira el escaparate, no es el casero? (Fijándose en Amelin que está mirando á los escaparates.)
Des. ¡Calla, es verdad...! El señor Amelin... Es raro... No aparece nunca por aquí..
Clem. Tal vez venga á cobrar..
Des. Sería la primera vez. Antonio ha ido precisamente á pagarle.
Clem. Pues, ya entra... Yo me voy. (Vase por la segunda derecha.)

ESCENA VIII

DESIDER. AMELIN por la primera izquierda

- Des.** (Al ver entrar á Amelin.) Muy buenos días, señor Amelin.
- Amel.** Buenos días, querido Desider... ¿Cómo va?
- Des.** Muy bien, gracias... ¿Y usted? ¡Qué casualidad! Hace un momento he enviado á mi dependiente á su casa...
- Amel.** ¿Alguna reparación?
- Des.** No, señor; á pagar el alquiler.
- Amel.** Pues, pierde el viaje. Está el Administrador ausente con licencia.
- Des.** Acaso su hijo de usted estará en casa y podrá ..
- Amel.** ¿Mi hijo? Ni estará en casa, ni he podido lograr que se ocupe de esas cosas. Su dependiente de usted tendrá que volver otro día.
- Des.** Me alegro... digo, lo siento... Vamos, que por mí no tengo prisa. ¿De modo, que la salud buena, eh? Ya leí que su soberbio caballo *Neim* ha estado á punto de ganar el gran premio de Bruselas...
- Amel.** Sí, á punto... pero faltó el casi... Eso no me preocupa.
- Des.** ¿Cuánto hubiese ganado?
- Amel.** Cincuenta mil francos.
- Des.** ¡Qué suerte tienen algunos caballos!
- Amel.** Amigo Desider... usted, seguramente, estará incomodado conmigo, ¿verdad?
- Des.** ¿Yo? ¿Por qué?
- Amel.** Porque no soy parroquiano de su tienda, viviendo usted en una casa mía...
- Des.** Nada de eso, no señor. Sí, he pensado algunas veces que los caseros deben ayudar á los inquilinos que tienen industria... pero, ¿incomodarme? ¡de ninguna manera!
- Amel.** Pues, bien; hoy vengo á encargarle á usted un trabajillo.
- Des.** ¡Es usted muy amable! Siéntese usted, señor Amelin.
- Amel.** Gracias. He hecho construir en las afueras, junto á mis caballerizas, ¿sabe usted...?

- Des.** Sí, ya; camino de Berchem...
- Amel.** Un hotelito muy mono.
- Des.** Muy bien pensado; ¡en aquel sitio tan pintoresco, tan bonito...!
- Amel.** Y quiero se encargue usted de amueblarlo, de una manera elegante... alegre... un poco...
- Des.** Comprendido. Ya sé lo que usted quiere... Pino y nogal pulimentados, con cretonas rameadas... Algo moderno, muy moderno.
- Amel.** (Poco satisfecho.) No, no; verá usted. Quiero hacer de ese *chalet* una especie de retiro campestre... que me reservo para mí solo.
- Des.** Sí; comprendido. Ni una palabra más... Muebles rústicos, madera en blanco y rejilla... Algo así como un cazadero distinguido...
- Amel.** Al decir para mí solo... tengo intención de reunir allí de vez en cuando algunos amigos... ¿Me comprende usted, señor Desider? Soy viudo...
- Des.** (Suspirando.) ¡Diez años hace! ¡Pobre señora Amelin!
- Amel.** Sí... Diez años...
- Des.** ¡Era muy guapa! Aún me parece que la estoy viendo.
- Amel.** Yo no... no puedo consolarme...
- Des.** Pues, amigo mío, hay que tener resignación... todos nos tenemos que morir.
- Amel.** ¡Qué remedio! (Transición.) Pues, verá usted. Mi intención es hacer de ese hotelito lo que en el siglo XVIII se llamaba una locura.
- Des.** ¿Una locura?
- Amel.** Sí... Es el nombre que entonces se les daba á ciertas quintas de recreo...
- Des.** ¡Ah, sí...! ¡Una locura! Ya... Ya... Comprendido; ahora tienen otro nombre.
- Amel.** Por eso ha de ser un rinconcito para un hombre solo... Pero, alegre, risueño... lo más femenino posible.
- Des.** Perfectamente. En alcobas tengo verdaderas maravillas; puedo enseñarle magníficos modelos en palo santo...
- Amel.** Palo santo en la alcoba, no.
- Des.** Pues, roblè, roble oscuro pulimentado, con adornos dorados, piñas de bronce y cabezas de león con un anillo en la boca.

- Amel.** Sí... pero...
- Des.** Déjeme, déjeme usted á mí, que yo le haré una cosa de gusto. Para el salón una sillería Luis XIV. Lo más apropiado para *una locura* del siglo XVIII... es una sillería Luis XIV... tapizada de pana, imitación á terciopelo... Se hacen ahora cosas lindísimas... Voy á hacer á usted un presupuesto muy económico. (Coge un cuaderno de notas.) Mañana mismo lo someteré á su aprobación... No quedará usted descontento.
- Amel.** ¿Mañana? No, hombre, no corre tanta prisa. Aún no está terminado el hotelito... Hay tiempo... Es un proyecto nada más.
- Des.** Señor Amelin... cuando se trata de hacer *una locura*... no hay que pensarlo mucho.
- Amel.** Tiene usted razón... Si se piensa demasiado, acaba uno por no hacerla... Hasta la vista, amigo Desider.
- Des.** Que usted lo pase bien, señor Amelin, y hasta cuando usted guste.
- Amel.** Sí, sí... A los pies de la señora, y un saludo á sus hijos.
- Des.** Beso á usted la mano... Ya sabe mi opinión. Mucho Luis XIV y mucho roble. Es lo que más se estila.
(Mutis Amelin por la primera izquierda.)

ESCENA IX

DESIDER, CLEMENTINA

- Clem.** (Entrando por la segunda derecha.) ¿Pasó el nublado?
- Des.** Puedes cerrar el paraguas, Clementina de mi corazón. Luce un sol espléndido. No tiene prisa en cobrar y venía á hacerme un encargo importantísimo. La instalación completa de una quinta de recreo.
- Clem.** ¿De veras? ¿Un chalet?
- Des.** Sí; lo que nosotros llamamos una locura del siglo XVIII.
- Clem.** ¿Ves lo que es el mundo? Su mujer se murió con el deseo de construir una quinta así; me lo dijo varias veces... ¡Si ahora viviese...!

- Des.** Si ahora viviese, no haría él *la locura*. Y, no lo digas, no se vaya á arrepentir; que del negocio sale, lo menos, el alquiler de diez años.
- Clem.** Me parece que esta vez, el timbre ha sonado de verdad.
- Des.** No cantes victoria... Aún no está el trato al-
timado.
- Clem.** Lo estará...
- Des.** ¡Quién sabe!

ESCENA X

DICHOS, CLARA, que aparece por el foro y se queda mirando al escaparate

- Clem.** Mira... mira, Gustavo... Otra parroquiana.
- Des.** Sí... ¿Será una racha?
- Clara** (Entrando por la primera izquierda.) Muy buenos días, señores.
- Des.** Buenos días, señorita.
- Clara** He visto en el escaparate un cartelito...
- Clem.** (Adelantándose.) ¡Ah! ¿Desea usted alquilar el cuarto amueblado?
- Clara** Sí. ¿Qué piso es?
- Des.** Es un cuarto... para caballero.
- Clara** ¡Ah!
- Clem.** O para señora de cierta edad.
- Clara** ¡Ah! En ese caso, ustedes dispensen.
- Clem.** Sin embargo... tal vez...
- Des.** (Bajo á su mujer.) (Supongo que no querrás...)
- Clem.** (Nada perdemos por enterarnos.) (A Clara.) ¿Es para usted sola?
- Clara** ¡Sí, señora; desgraciadamente!
- Des.** ¿Eh? ¿Qué dice usted?
- Clara** Que estoy sola en el mundo: perdí á mis padres siendo muy niña.
- Clem.** (Aparte.) ¡Pobrecita!
- Des.** ¿Es usted persona formal?
- Clara** Yo así lo creo.
- Clem.** ¡Eso salta á la vista, hombre!
- Clara** ¡Oh, señora, tantas gracias!
- Des.** No la sorprenda mi pregunta. Tenemos hijos, y hay que ser previsores...
- Clem.** (Vivamente.) Puede usted ver el cuarto.

- Clara** ¿Es muy grande?
Clem. Tres piezas... Está en el piso segundo.
Clara Entonces, ¿será caro?
Clem. Cincuenta francos al mes.
Clara Es mucho para mí.
Clem. Podemos rebajar algo.
Clara De todos modos...
Clem. Tenga usted en cuenta que el barrio es de lo mejor.
- Clara** No lo niego; pero no puedo pagar tanto.
Clem. Lo más céntrico de Bruselas...
Clara Es muy tentador, lo reconozco. Volveré acaso un día de estos si logro encontrar el empleo que estoy buscando.
- Clem.** ¡Ah! ¿Busca usted colocación?
Des. No es cosa fácil en estos tiempos y menos para una señorita decente... Las casas serias, formales y de prestigio no abundan. En los grandes almacenes tratan á los empleados como á militares en el cuartel. Y es peligrosa la reunión de hombres y mujeres.
- Clem.** ¡Desider! (Reconviniéndole.)
Des. ¡Bah! ¡Bah! Esta señorita ya sabe lo que es el mundo; á su edad, ¡cuántos desengaños habrá sufrido!
- Clem.** ¡Hombre! ¿te quieres callar?
Des. No, créame usted á mí; la vida es muy dura. Hay que luchar con los ojos muy abiertos. Y no hacer como el avestruz que esconde la cabeza ante el peligro.
- Clara** Desde luego. Por eso yo preferiría emplearme en una casa modesta... como en familia. Así trabajaría á gusto... y con toda tranquilidad.
- Des.** Tiene usted razón que le sobra.
Clem. Eso es muy difícil de encontrar.
Clara En fin, yo buscaré... Pero les estoy haciendo á ustedes perder el tiempo...
Des. De ninguna manera... tenemos mucho gusto... Siéntese usted.
- Clara** Entonces, ¿puedo atreverme á pedirles un favor?
Clem. Si está en nuestra mano...
Clara ¿Por qué no me ayudan ustedes, que son tan amables, á buscar una colocación? Más ven seis ojos que dos.

- Des.** ¡Ah! ¡Ah!... Eso es muy delicado ¿sabe usted?
- Clem.** Oye, Desidir... Los de Von Capentiat, ¿no necesitan una empleada?
- Des.** ¡Qué ocurrencia! ¿Te imaginas á esta señorita despachando en una carnicería?
- Clara** ¡Ah, eso no! (Pausa.) ¿Y aquí en su casa de ustedes, en este almacén...?
- Des.** ¿Aquí?
- Clara** Sí. ¿Tienen ustedes cajera... ó encargada del despacho?
- Des.** No; pero no nos hace falta. Entre Antonio el dependiente y yo lo hacemos todo.
- Clara** ¿Será mucho trabajo para los dos?
- Des.** Sí... demasiado... á veces. Pero ahora es tiempo de calma... Se despacha muy poco, y no se pueden aumentar los gastos.
- Clem.** El negocio no va muy bien.
- Des.** Este y todos van mal, hoy en día. Ya ve usted; con la guerra de los Balkanes...
- Clara** Yo procuraría no serles gravosa; tengo pocas pretensiones...
- Des.** No... yo bien quisiera, pero no puede ser. Reconozco que es mucho trabajo el que sobre mí pesa... que quizás usted con su juventud y su simpatía diera un ambiente moderno al establecimiento de que está muy necesitado... hace un momento se lo decía á mi hijo, que es estudiante de Filosofía...
- Clara** ¡Ah!
- Des.** Sí... quiere hacerse abogado. Pero, francamente, no es el momento...
- Clem.** Mira; esta señorita tiene deseos de trabajar. Se pondrá pronto al corriente de su obligación, asegura no tener pretensiones. Luego, donde comen cuatro, comen cinco, ¿no te parece?... Y ¿quién sabe?
- Des.** No hables, Clementina, de lo que no entiendes... Además, señorita, usted es muy guapa y muy simpática... y parece lista.
- Clara** Muchas gracias.
- Des.** Pero yo no sé quién es usted. ¿Trae usted buenos informes?
- Clara** No señor. Nunca he tenido colocación. Hasta el presente he vivido con mi madrina.
- Des.** ¿Su madrina de usted?

- Clara** Sí. Me mantenía á cambio de una pequeña renta que heredé de mis padres. Mientras tanto me preparaba para telegrafista. Hice oposiciones y me aprobaron.
- Des.** Que sea enhorabuena.
- Clara** Pero no hay vacantes; el escalafón corre poco y no tendré plaza lo menos en tres años.
- Des.** Como si dijéramos mañana por la tarde.
- Clara** Al ver la amabilidad de ustedes he creído un momento haber encontrado, sin buscarla, una colocación... ¡Hubiera sido una suerte...! porque yo creo en la suerte... y confío en ella... y espero en tenerla. Por lo visto, me he equivocado... Ustedes dispensen... Adiós.
- Des.** Hasta más ver, señorita, y mucho ánimo, que buena falta le hace á usted.
- Clara** Lo tengo... Tengo confianza en el porvenir... y buen humor, hasta en los momentos más difíciles. Buenos días, señora.
- Clem.** Abur, señorita... (Clara se dirige á la puerta.)
¿Señorita?...
- Clara** Señora...
- Clem.** Espere usted un momento. Desider, dame ese gusto. Tomémosla.
- Des.** Pero, ¿qué capricho es este?
- Clem.** Una inspiración... quisiera que se quedara; es huérfana... sola en el mundo... parece necesitada... tenemos una hija, y si se viese así...
- Des.** Mujer, si sabes que no es posible.
- Clem.** Es muy simpática... tiene aire de persona decente, puede ayudarte como dependienta, y á mí también en las faenas de la casa; despido á la criada, y en nada nos resulta gravosa. (Además, al entrar abrió la puerta con la mano izquierda... y ya sabes que eso da buena suerte.)
- Des.** No me hagas reír, mujer. ¡Pensar que lo crees como lo dices!... Esas son supersticiones.
- Clem.** Lo serán. Pero á ti la única vez que te ha tocado la lotería es porque pasaste la mano por la joroba á un contrahecho que vendía billetes; y recuerda que cuando nació nues-

tro segundo hijo queríamos que fuese niña, vino la comadrona, abrió la puerta con la mano izquierda, y nació Julieta. (Pausa.)

Des. (A Clara.) Señorita, lo he pensado mejor... Ni usted ni nosotros perderemos nada con probar. Si usted quiere puede venir dentro de un par de días.

Clara ¿De verás? ¿Consiente usted? Yo sabré corresponder á sus bondades con el fiel cumplimiento de mis obligaciones... Gracias, señor, mil gracias.

Des. Nó tiene usted por qué dárme las. Dígame usted..., pero tome usted asiento... ¿Cómo se llama usted?

Clara Clara Frenois.

Des. Pues oiga usted, Clara Frenois, el trabajo ennoblece al hombre en general, y á la mujer en particular. Es usted muy simpática, cualidad muy conveniente para el comercio; pero la simpatía no sirve de nada sin la capacidad; si ésta le falta, yo le proporcionaré medios para que la tenga.

Clara Muchas gracias.

Des. No he terminado. Va usted á entrar en un almacén de muebles... y ya es algo... Además, entra usted en casa de Desider, y esto es mucho. Y ahora hablemos de las condiciones. Vivirá usted en nuestra casa y comerá en nuestra mesa. La confieso francamente que preferiría darle sueldo. Pero no sería justo. Un maestro no debe pagar á sus discípulos... ¿Verdad, Clementina, que los maestros no pagan? Cobran. Pero, no; yo no he de cobrarle nada; más adelante, según su comportamiento, Dios dirá. ¿Le conviene el trato?

Clara Me conviene, sí, señor.

Des. Entonces puede usted venir cuando quiera.

Clara Pues me quedo desde ahora. Mi gusto será empezar á trabajar hoy mismo... Y esta noche cuando hayamos cerrado la tienda...

Des. ¡Eh, eh!... ¿Qué es eso de la tienda... ¡El almacén!

Clara Usted dispense... cuando cerremos el almacén... iré á recoger mis bártulos.

Des. ¿Sus... qué?

- Clara Mi ropa.
Des. Ah, sí; comprendido.
Clem. Pues ya que está todo hablado, venga usted conmigo le enseñaré su habitación y conocerá usted á mi hija.
- Clara ¿Tienen ustedes una niña?
Des. ¡Una niña! ¡Una niña más alta que usted!
Clem. Y que toca muy bien el piano... Ya, ya verá usted.
- Des. Ya la oirá usted «La plegaria de una novia».
- Clem. ¿Vamós?
Clara A sus órdenes. (Clara va á salir siguiendo á Clementina.)
- Des. (A Clementina.) ¡Chist!... espera... Déjala que levante ella el picaporte... ¡Paf!... ya está... sí, sí, con la izquierda otra vez.
(Vanse Clementina y Clara por primera derecha.)

ESCENA XI

DESIDER y ANTONIO que viene de la calle por el foro derecha

- Des. (Al verle.) ¿Qué, le han pagado á usted?
Ant. No señor.
Des. ¿Y por qué?
Ant. Dijo el criado que su amo no estaba en su casa... Tendré que volver.
Des. ¡Es chocante! A la hora de pagar casi todo el mundo está fuera de su casa.
Ant. Lo peor es que al casero...
Des. ¿Qué?
Ant. Naturalmente, no he podido llevarle el dinero del alquiler.
Des. No hay que preocuparse ya del señor Amelin. Es de confianza. Cuando cobre llevará usted ese dinero á la fábrica.
Ant. Está bien.
Des. ¡Ah! Buena noticia. Grandes novedades. Acabo de hacer una nota estupenda... Mobiliario completo para un palacio.
Ant. ¿Un palacio?
Des. Sí; una locura... pero usted no puede comprender... Sí, un palacio que me proporcio-

nará pingües ganancias... Como usted ve vamos para arriba... Y apropósito, tengo que darle á usted otra sorpresa, Antonio.

Ant. El señor dirá.

Des. Antonio... estoy muy contento de usted... Es usted un buen muchacho, fiel, cumplidor de su deber...

Ant. Mal principio... llegó la hora de las alabanzas... Me asusta usted.

Des. Tampoco creo que pueda usted estar descontento de mí.

Ant. Ciertamente que no... Pero, ¿qué es ello?

Des. La primera obligación de un principal es no matar de trabajo á sus dependientes... Y el trabajo de usted aquí es excesivo.

Ant. ¿Ha notado el señor alguna falta?

Des. No digo eso, Antonio. Pero, un hombre solo... ¡ya sabemos lo que puede hacer un hombre solo!... Además, hay que ampliar el negocio... remozarlo... modernizarlo, en una palabra.

Ant. Me tiene usted con el alma en un hilo...

Des. Para conseguirlo, hay que apretar de firme, tirar del carro... Usted no puede ya hacer más de lo que hace. Y he decidido tomar una dependienta.

Ant. ¿Una dependienta? Entonces, yo, ¿qué soy?

Des. Usted es y seguirá siendo mi hombre de confianza, *mi factótum*.

Ant. ¿Factótum?

Des. Sí... Algo así como mi Secretario general... El dependiente mayor... y la nueva empleada será la encargada de recibir á los clientes: verá usted cómo se entienden con ella mejor que con nosotros.

Ant. Usted me perdonará, señor Desider. Yo me figuraba haber cumplido bien mi obligación... Me creía ya casi de la familia. Va usted á cambiar la marcha de la casa... Luego yo soy un fracasado y estoy de más. En esas condiciones prefiero marcharme.

Des. ¿Marcharse usted?

Ant. Sí; pero tranquilícese usted. Me quedará un mes... dos... los que hagan falta, hasta que se ponga al corriente mi sustituta. Pero, me iré.

Des. Ya lo pensará usted mejor y más despacio.
Ant. No lo creo... Considero una ingratitud el pago que se me da. ¡Fracasado! ¡Soy un fracasado!

ESCENA XII

DICHOS y CLARA que entra por primera derecha

Des. Precisamente... aquí está la dependienta. Señorita, le presento á usted á Antonio... Antonio, ni una palabra más. Han de ser ustedes muy buenos amigos: ¡eh! muy buenos compañeros... Lo dicho... ¡Ni una palabra más! (Vase segunda derecha.)

ESCENA XIII

CLARA y ANTONIO

Clara Buenos días, Antonio.
Ant. Buenos días, señorita.
Clara Es usted el dependiente, por lo visto.
Ant. No; soy el *factotum* del señor Desider.
Clara ¿Cómo?
Ant. Sí; su secretario general... su hombre de confianza... su perro de aguas... Eso dice que soy, por ahora al menos.
Clara Y lo seguira usted siendo. Ahora más que nunca. Mientras me quitaba el sombrero. la señora Desider me habló muy bien de usted. Dice que es usted un empleado modelo. Yo procuraré parecerme á usted en todo.
Ant. ¿A mí? No será fácil... soy muy feo.
Clara Nos llevaremos perfectamente.
Ant. Es posible... si no me voy de la casa.
Clara ¿Está usted loco?... ¡Ah! ¡Vamos, se quiere usted marchar porque vengo yo!... ¡Como que yo le voy á dejar marchar á usted!
Ant. ¿Cómo lo va usted á impedir?
Clara ¡Qué sé yo!... Atándole á usted de una patita como á los loros... Usted no me conoce todavía. ¡Bonita soy yo!

- Ant.** Diga usted yo soy bonita... y tendrá usted razón...
- Clara** ¿Dónde irá usted que más se le estime? Aquí será usted siempre el dependiente mayor... el primer dependiente. ¿No le halaga á usted eso?
- Ant.** ¿El primero? Según por donde empiece usted á contar. *Yo iré siempre detrás de usted.*
- Clara** ¡Déjese usted de bobadas! En mí tendrá usted una subordinada sumisa, obediente. Por ejemplo: supongamos que usted me manda cambiar la disposición del almacén... pues yo le obedezco gustosa. (Se pone á hacerlo.)
- Ant.** ¡Pero, si no es lo mando á usted!...
- Clara** (Sin hacerle caso.) Me dice usted que hay que alegrarle un poco, cambiando la colocación de los muebles... pues, yo lo hago: (Pausa.) que hay que darle una nota pintoresca... pues se la doy... pondremos sobre aquella mesa aquel busto.
- Ant.** Pero, si yo no digo nada.
- Clara** ¿Que falta algo?... pues traiga usted ese búcaro... (Clara acompaña la acción á la palabra. El Director de escena cuidará especialmente de la visibilidad de la transformación.) ¿Hace mucho que está usted en la casa?
- Ant.** Entré cuando tenía catorce años.
- Clara** Esa contestación no me da idea...
- Ant.** Tengo veintiocho...
- Clara** Eso es más claro; lleva usted aquí la mitad de su vida. ¿Y los amos, son buenos?
- Ant.** Un pedazo de pan... mejor, dos pedazos de pan...
- Clara** ¿Y el negocio, va bien?
- Ant.** (Timidamente.) Sí...
- Clara** Es decir, no... ¿Ve usted estos jarrones? ¡Al demonio se le ocurre tenerlos aquí encerrados! (Estaban en un armario.) Son magníficos: aquí estarán mejor, y con este hermoso trozo de seda brochada, queda el escaparate mucho más claro, más alegre.
- Ant.** (Sugestionado por Clara.) Sí... la verdad es...
- Clara** ¿Quiere usted salir á la calle á ver el efecto? (Pausa.)

ESCENA XIV

DICHOS y DESIDER

- Des.** (Saliendo de la primera derecha.) ¿A ver, qué significa esto? ¿Qué desorden es este? ¿Quién ha revuelto el almacén?
- Ant.** (Volviendo de la calle.) Está mucho mejor. Tenía usted razón, señorita.
- Des.** Pero, Antonio, ¿se ha vuelto usted loco? ¿Qué idea le ha dado de poner esos jarrones en el escaparate? Si eso no tiene valor alguno; costaron cinco francos en una prendería.
- Ant.** Ya está usted regañando sin enterarse... Fíjese y verá como el almacén está ahora mucho mejor... y, si no, salga usted á la calle, y luego me contestará usted... (Desider sale.) Se me ocurre una idea; aquí falta un detalle... (Antonio arregla las sillas ó cualquiera otra cosa de adorno y lo coloca sobre un velador.)
- Clara**
Ant. A ver si al amo le parece mal...
Empieza siempre retunfuñando... poniéndole á uno verde... pero acaba por darle la razón.
- Clara**
Ant. ¿Tan bueno es?
Ya se irá usted convenciendo.
- Des.** (Entrando de la calle.) La verdad es que no está mal. ¿A quién se le ha ocurrido la transformación? (A Clara.) ¿A usted, verdad?
- Clara**
No; fué Antonio quien me ordenó que lo hiciera.
- Ant.** (Contrariado, de mal humor.) Yo no he mandado nada. Se le ocurrió á usted, yo soy un fracasado. (Vase primera derecha.)

ESCENA XV

DESIDER y CLARA

- Des.** No le haga usted caso... en el fondo es un infeliz... Acompañeme usted un momento al despacho... Tengo que comunicarle á us-

ted el proyecto de instalacion de una casa de recreo en las afueras. (Vanse por segunda derecha.)

ESCENA XVI

ANTONIO, CLEMENTINA y JULIETA, entrando por la primera derecha. Antonio las hace notar la transformación de la tienda

- Ant.** Vengan, vengan ustedes. ¿Está muy bien, verdad?
- Jul.** Sí; ¡muchísimo mejor! Parece otra tienda.
- Ant.** Pues ¿y desde la calle? Salgan ustedes y lo verán.
(Se dirigen hacia la calle.)
- Clem.** Estos jarrones parecen ahora más bonitos. ¡Ha sido buena idea!
- Jul.** (Mientras Clementina va á salir.) ¡Qué buen efecto hacen en el escaparate! (Antonio se muestra satisfecho.)
- Ant.** ¿Le parece á usted bien, señorita?
- Jul.** Muy bien.
- Ant.** ¡Cuánto me alegro!
- Clem.** Me parece que mi marido ha hecho una buena adquisición con la dependienta.
- Ant.** Ya lo creo; ha sido un acierto; ella dará al almacén alegría y juventud.
- Clem.** ¿Cree usted que cumplirá bien?
- Ant.** ¿Por que no? Es una muchacha muy lista... y muy... muy simpática; su distinguida figura atrae, su voz es agradable; tiene, en una palabra, don de gentes.
- Clem.** Eso me ha parecido á mí.
- Ant.** Y ahora voy por el abrigo... para ver si cobro esa cuentecita.
- Clem.** Bien pensado; vaya usted... (Mirando á su alrededor.) En efecto; parece que hay más alegría en la tienda. (Mirando el almacén desde todos los rincones.) Está muy bien, pero muy bien... Vámonos, hija; tú no debes estar en el almacén. (Llamando.) ¡Clara! ¡Señorita Clara!... Salga usted, que Antonio va á un recado urgente, y esto se queda solo. (Vase con Julieta por primera derecha.)

ESCENA XVII

ANTONIO y CLARA

- Clara** (Saliendo por la segunda derecha y al reparar que uno mira por el escaparate, dice:) Antonio, Antonio, quítese usted de delante...
- Ant.** (Apartándose.) ¿Por qué, señorita?
- Clara** Porque hay un señor mirando desde la calle... Querrá comprar algo tal vez...
- Ant.** (Reparando.) Anda, anda... Si es el señor Amelin, el casero Vendrá á traer el recibo. . Había yo quedado en ir á pagarle si cobraba la cuenta; pero ahora me han dicho que lleve el dinero á la fábrica. (Dirigiéndose á la puerta del comedor, procurando que no le vean desde la calle.) Si le pregunta á usted algo, dígame que fui esta mañana á su casa y que no encontré á nadie. (Medio mutis.) No le diga usted que el amo está en casa... Yo me hago el loco y me voy por este lado. (Sale por el comedor. Clara permanece en el centro de la escena al entrar Amelin por primera izquierda.)

ESCENA XVIII

CLARA y AMELIN

- Amel.** (Entrando.) ¡Señorita!
- Clara** ¡Caballero!... ¿Deseaba usted algo?
- Amel.** Quería hablar con el señor Desider.
- Clara** Creo que salió hace un momento.
- Amel.** Soy el señor Amelin, el dueño de esta casa, y venía á decirle...
- Clara** ¿El casero? ¿Qué casualidad! Hace muy poco que el señor Desider se ocupaba precisamente de usted y de la instalación de su *chalet* de recreo.
- Amel.** De eso le quería hablar, para manifestarle que no tenga prisa alguna. He reflexionado, he echado mis cuentas y quizá me limite á aprovechar algunos muebles antiguos que poseo.

- Clara** ¡Ah! ¡Qué lástima! El señor Desider tenía ya pensado algo muy bonito y de muy buen gusto que ofrecer á usted.
- Amel.** Sí... ya veremos, ya veremos; ahora, por el pronto, no estoy decidido. (Mirando en derredor.) Dispense usted, señorita; estoy notando una transformación... todo lo encuentro cambiado desde hace un instante que estuve aquí... ¿Qué es lo que han hecho?
- Clara** ¿Está peor que antes, verdad?
- Amel.** No; pero, vamos...
- Clara** Sí, sí... Dígalo usted con franqueza: ¿le parece á usted mal? No le gusta á usted, ya lo veo Pero, ¡por Dios caballero, no se lo diga usted al amo!
- Amel.** ¿Pero, á usted qué le importa?
- Clara** Ah, es verdad, que usted no me conoce, no sabe usted quién soy.
- Amel.** En efecto, lo ignoro.
- Clara** Pues soy *la dependienta*, la encargada del despacho, y soy la que ha revuelto el almacén; lo he hecho al buen tún tún... pero con la mejor intención... Hágase usted cargo.
- Amel.** No, no; si no está mal. ¡Al contrario, lo encuentro bien!...
- Clara** ¿Se burla usted de mí?
- Amel.** De ninguna manera.
- Clara** ¿De veras? ¿No se burla?
- Amel.** ¿Tengo yo cara de burla?
- Clara** ¡Ja, ja, ja! (Riéndose.)
- Amel.** ¿De qué se ríe usted?
- Clara** De ver que se quiere usted poner serio, y el monóculo se lo impide.
- Amel.** ¿Le choca á usted? (Un poco serio.)
- Clara** Usted perdone... es verdad... me olvido por un momento de lo que soy y resulta excesiva mi confianza. Una dependienta de comercio no debe ser así. Pero me ha parecido usted tan buena persona, y ha sido tanta su amabilidad al hablarme del almacén...
- Amel.** Di mi opinión sincera.
- Clara** Decididamente; es usted una buena persona.
- Amel.** Nunca me lo habían dicho... pero yo así lo creía.
- Clara** ¿Tiene usted hijos?

- Amel.** Sí; uno tengo.
Clara ¡Dichoso él!
Amel. ¿Por qué dice usted eso, señorita?
Clara Porque considero feliz al hijo que tiene padres.
Amel. El mío, sólo me tiene á mí... ¡Soy viudo!...
Clara Yo soy huérfana.
Amel. ¿Quería usted mucho á sus padres?
Clara Mis padres murieron siendo yo muy niña. No disfruté de su amor. No los conocí, no tuve tiempo de llegar á quererlos. Pero me inspiran gran simpatía los padres de los demás, sobre todo si son bondadosos, complacientes, y, ¡para qué ocultarlo!, pienso en la suerte de sus hijos, y siento envidia, pero envidia buena, de esa que en vez de retorcer el corazón, lo alegra; por eso, á pesar de la desgracia que supone mi situación, estoy siempre contenta y risueña.
Amel. Señorita, es usted una mujer extraordinaria.
Clara Usted dirá: ¡qué comunicativa es esta muchacha! Una dependienta no debe ser así, ¿verdad?

ESCENA XIX

DICHOS y un PARROQUIANO, que entra primera izquierda

- Par.** Buenos días.
Amel. Despache usted á ese caballero.
Par. De ninguna manera; á usted primero. Estaba usted antes que yo.
Amel. Pero, no tengo prisa; además le haría esperar á usted mucho rato.
Par. Como usted guste... Es usted muy amable...
Clara (A Amelín.) Con su permiso, señor. (Al Parroquiano.) ¿Qué desea usted, caballero?
Par. ¿Tiene usted la bondad de decirme el precio de esta sillería completa?
Clara (Mirando á un respaldo y con aplomo.) Cincuenta luises, mil francos. Componen el juego, dos butacas, sofá y seis sillas.
Par. ¡Qué cara! (Con doble intención fijándose en Clara.) Pero qué cara... No va á ser para mí...

- Clara** Fíjese usted en la calidad que es superior...
Par. Ya me fijo. (Mirándola.) ¡Superior! Pero no quiero gastar tanto. Por la mitad de ese precio me ofrecen una sillería igual en el Hotel de Ventas.
- Clara** No será igual, caballero. Esto es una pana magnífica. Y la madera no es pino como las baratas, sino nogal macizo. Estos muebles duran cien años.
- Par.** Si me aseguraran verlo... De todos modos no debo gastar tanto.
- Clara** Lo caro es siempre barato, si es bueno.
Par. Eso es verdad... ¿Y dice usted que es de nogal macizo?
- Clara** Sí, señor; puede usted comprobarlo... Precisamente este señor acaba de adquirir una sillería igual...
- Amel.** ¿Eh? ¿Cómo?
Clara No se ha quedado con esta porque el color de la pana no le va al decorado del salón á que quiere destinarla. ¿No es verdad, *señor Marqués?* (Por Amelin.)
- Amel.** Sí, en efecto, sí... (Con énfasis.)
Par. ¡Qué casualidad! Entonces, ¿usted cree que vale los mil francos?
- Amel.** Eso he pagado yo. (Bajo á Clara.) Me está usted haciendo mentir como un bellaco.
- Clara** (Bajo á Amelin.) (El comercio es el comercio.)
Par. Pues conforme, señorita... Cuando el señor Marqués ha pagado eso, él, que debe entender mucho de muebles buenos, no debo dudarle; á mí me parece un poco cara... Pero tiene usted razón... A la larga, lo caro es barato, y viceversa; además, el nogal macizo cuesta más que el pino.
- Clara** Desde luego.
Par. Puede usted enviármela á casa...
Clara ¿Quiere usted darme sus señas? (Va al escritorio y escribe)
- Par.** (Dictando.) *Renal*, calle del... Rey Leopoldo, veintisiete, entresuelo. ¡Cómo se pondrá mi mujer cuando se entere del precio!
- Clara** Ya verá usted cómo no, señor Renal. Estará muy satisfecha de la adquisición.
- Par.** (Marchándose.) Señorita... Caballero... (Echándose á reir y dirigiéndose á Amelin.) ¡Qué cosas pa-

san en el mundo! Mire usted que es curioso; sin conocernos vamos á tener sillerías iguales... Usted dirá: «Como esta sillería la tiene Renal.» Y yo diré: «Como esta sillería la tiene el señor Marqués.» ¡Tener los dos el mismo gusto!

Amel.
Par.

Encantado por mi parte.
Vaya, queden ustedes con Dios. (Vase por la primera izquierda.)

ESCENA XX

AMELIN y CLARA

- Amel.** Ahora sí que parecía usted una dependienta de comercio.
- Clara** ¿De veras?
- Amel.** Sin embargo, á mí me gustaba más la muchachita de antes; ingenua, comunicativa...
- Clara** Pues resulta muy divertido... Es la primera vez que vendo algo... y se lo debo á usted.
- Amel.** ¡La sillería! No la perdono á usted el mal gusto que me ha colgado, porque, ¡cuidado que es fea!... Menos mal que en un momento me ha hecho usted Marqués.
- Clara** Si no es usted Marqués, merece serlo; porque lo parece usted... La prueba es que se lo creyó sin dificultad... y eso fué lo que le decidió á hacer la compra.
- Amel.** Sí... sí... he sido cómplice. Desider me debe la comisión...
- Clara** No tendrá humor de pagarla. ¡Menudo disgusto se va á tomar cuando sepa que renuncia usted á amueblar el chalet; y yo también lo tengo.
- Amel.** ¿Usted también? ¿Por qué?
- Clara** Porque me hubiese alegrado darle una buena noticia.
- Amel.** Ya va usted á dársela con la venta de la sillería.
- Clara** Comparada con la otra, es una noticia insignificante.
- Amel.** Para que pueda usted darle otra agradable, le compro esos dos jarrones que están en el escaparate. (Fijándose en ellos.)

- Clara ¿Le gustan á usted?
Amel. Son magníficos.
Clara ¿Verdad que sí? Ya lo sabía yo.
Amel. ¿Lo sabía usted?
Clara Me lo figuraba.
Amel. (Cogiendo uno de ellos.) Una linda pareja, Renacimiento legítimo. ¿Cómo estará en esta casa esta preciosidad? Los compro desde luego. . ¿Cuánto quiere por ellos?
Clara Pues cien francos.
Amel. ¿Cómo?
Clara Cien francos... cincuenta por cada uno.
Amel. (Echándose á reir.) ¡Dos mil, criatural... Le doy á usted dos mil francos por el par. (Dejándolos.) Mándelos usted á casa cuando quiera.

ESCENA XXI

DICHOS y DESIDER

- Des. (Entrando por la segunda derecha.) Muy buenas, señor Amelin. A propósito... (Clara se sienta en el escritorio.) Aquí tiene el proyecto y presupuesto para la instalación del chalet, los colores y tonos de las telas han sido elegidos por Clarita, mi nueva dependienta.
Amel. (Mira á Clara y ésta á Amelin con inquietud.) ¿De modo que esta señorita ha sido?...
Des. Sí, señor; y tiene muy buen gusto.
Amel. Pues yo venía, querido Desider... (Continúan las miradas.) para decirle á usted...
Des. (Inquieto.) ¿Que ha cambiado de opinión?...
Amel. No... que el trato queda hecho desde este momento.
Des. Ah... muchas gracias, señor Amelin... Acaso le parezca á usted excesivo el precio, pero...
Amel. Por eso no hemos de reñir... Pero quiero lo mejor dé lo mejor.
Des. Sí, sí... todo muy sólido, roble pulimentado, cosas ligeras estilo Lus XVI, armarios de sándalo y cedro, tapices antiguos...
Amel. Puesto que esta señorita tiene tan buen gusto y ya ha intervenido en el proyecto, nos pondremos de acuerdo usted, ella y yo para todo,

- Des.** Conforme.
- Amel.** (A Desider á un lado.) Le felicito por la nueva adquisición... La dependienta es muy lista y muy simpática. (Alto.) ¡Ah! se me olvidaba: me llevo esos dos jarrones para el chalet.
- Des.** ¿Qué jarrones?
- Amel.** Estos... Son preciosos... Renacimiento del más puro... Harán muy bien sobre una chimenea antigua.
- Des.** (Burlón y excéptico.) ¿Qué, compra usted estos jarrones?
- Amel.** A buen precio... Vaya... dos mil francos.
- Des.** ¿Dos mil?...
- Amel.** Sí; dos mil.
- Des.** (A Clara.) ¿Y los ha dejado usted en dos mil francos?
- Clara** Pero, si...
- Des.** Bien, bien...; me conformo, porque el señor Amelin, es casi un amigo.
- Amel.** Gracias; pero, si acaso esa señorita no sabía el precio y valen más, no hay nada perdido; se queda usted con ellos y en paz; yo no me ofendo.
- Des.** ¡No faltaba más!: no señor, suyos son; usted sabe apreciar el mérito... y en su casa lucirán más que aquí. Antonio se los llevará en seguida á su casa.
- Amel.** Hasta la vista, entonces... A los pies de usted, señorita.
- Des.** Beso á usted la mano, señor Amelin. (Vase Amelin por primera izquierda.)

ESCENA XXII

DESIDER y CLARA

- Des.** Antes de tomar una resolución así, debe usted informarse. El comercio es una cosa más seria de lo que usted, por lo visto, se figura. Se han podido sacar más de los dos mil francos.
- Clara** Señor, yo creí...
- Des.** No hay que creer; hay que ver, y tener buena vista. Gracias á que lo del chalet está ya

en casa... Ahí me desquitaré. ¿No vino nadie más?

Clara ¡Ah, sí! He vendido la sillería... de pana.

Des. ¿En cuánto?

Clara En el precio marcado.

Des. ¿El precio marcado?

Clara Sí; este... *cincuenta*; y yo he comprendido que no podían ser francos sino Luises, y la he vendido en mil francos. (Naturalmente, la sillería tendrá un cincuenta en un cartelito.)

Des. ¡Pues, la ha hecho usted buena!

Clara ¿Cómo?

Des. Si... esto... *cincuenta*, es el número del inventario.

Clara ¡Ah!

Des. (Hojeando un libro.) ¡Pero, por Dios y los Santos!... Es usted muy expeditiva; antes se pregunta... *cuarenta y ocho... cuarenta y nueve... cincuenta...* Aquí: *seiscientos cincuenta francos* (Respirando fuerte.) Menos mal...; no se ha perdido nada; esto compensa en parte lo de los jarrones. (Al marcharse, en voz baja.) ¿Si habrá acertado mi mujer por una vez y nos habrá traído la fortuna la dependienta? (Al hacer mutis por la primera derecha, va á abrir distraidamente el picaporte de la puerta con la mano derecha, de pronto se acuerda y lo hace con la izquierda.)

ESCENA XXIII

CLARA y ANDRÉS

Andrés ha mirado sorprendido el escaparate. Entra por la primera izquierda indeciso, como si fuera un parroquiano que se presenta por primera vez

Clara (saliéndole al encuentro.) ¿Caballero?

And. ¿Señorita?

Clara ¿Deseaba usted alguna cosa?

And. ¿Cómo dice usted?

Clara Preguntaba, que si deseaba usted algo... ¿Muebles?... ¿Algún objeto de arte para un regalo?...

And. Pero, señorita, ¿usted quién es, si puede saberse?

- Clara** Soy la encargada del despacho.
And. ¡Ah!; la encargada del despacho... (Abre la puerta y sale á la calle para comprender que no se ha equivocado.)
- Clara** (Aparte, sorprendida.) ¡Vaya un tipo raro!
And. (Entrando.) ¿Y hace mucho que está usted en la casa?
- Clara** (Muy resuelta.) Tres meses, caballero.
And. ¿Conque tres meses? (Aparte.) (Estaré soñando.)
- Clara** Pero, ya estoy muy al corriente de todo... Tenemos un gran surtido... Cuanto usted pueda desear.
- And.** ¿Un gran surtido?
Clara Ciertamente. (Andrés rie escéptico.) Lo que se ve no es nada comparado con las existencias que tenemos en el depósito central.
- And.** ¡Ah! ¿En el depósito central?
Clara Central... si señor... Central. (Andrés se rie.) ¿Lo duda usted?
- And.** No. Es que parece que pide usted comunicación por teléfono. ¡Central... Central!
- Clara** Muy gracioso.
And. Pues bien, señorita, sí;... deseo una mesa de despacho á todo lujo, estilo Luis XIV, reproducción exacta de un mueble de Versailles.
- Clara** Tenemos lo que usted desea... ¿Pero, ha de ser, precisamente, de estilo Luis XIV?
And. Luis XIV... ó XV... ó XVI; lo mismo da un Luis más ó menos... (Clara sonrie despectivamente.) No se ría usted que el chiste tiene poca gracia.
- Clara** Alguna tiene.
And. Ni es muy nuevo.
Clara Eso, según... Para quién no lo ha oído nunca...
- And.** ¡Ah! ¿Sí? (Se rie.)
Clara Como yo lo había oído ya... en vez de reir á carcajadas...
- And.** Se ha limitado usted á sonreir... Ya es algo. Es usted muy amable. ¿No ha notado usted, señorita, al entrar en un estanco á comprar cigarrillos?...
- Clara** ¿Cigarrillos? ¿Yo?
And. Sí, sí. Usted no fuma... Bueno, á comprar

- un sello... ¿Tampoco escribe usted á nadie?...
¿No há notado que nunca deja de decir la estanquera—«¡Qué hermoso tiempo hace!» O lo contrario—«¡Siempre lloviendo en este Bruselas!»
- Clara** Pero, ¿á qué viene el cuento?
And. A disculpar lo del Luis... ¡Es tan difícil entablar conversación!...
- Clara** Sobre todo, cuando no se tiene nada de que hablar... nada que decir...
- And.** (Desciende.) Es verdad... Dispénsese. Decíamos que deseo comprar una cama Luis XIV.
- Clara** (Acercándose) Antes dijo usted mesa de despacho.
- And.** ¿Dije mesa?... Pues, prefiero cama, es más cómodo.
- Clara** Conformes.
And. Además, la cama es artículo de primera necesidad...
- Clara** Para el descanso.
And. Justo, para el descanso. (Mirando intencionadamente á Clara.)
- Clara** Pues, usted dirá.
And. Quiero una cama de matrimonio... ¡No se ría usted, señorita! Me voy á casar... ¿Le sorprende á usted que yo me case?
- Clara** ¿A mí? ¡Nada de eso!... Me sorprendería más si comprase usted cama de matrimonio y no se casará usted.
- And.** Tiene usted razón. Pero, es que parece que se sonríe usted, como si no me creyese. Me juzga, quizá, demasiado joven, ¿verdad?
- Clara** Yo no le he preguntado á usted los años que tiene
- And.** Pues, aunque se lo parezca: estoy enamoradoísimo.
- Clara** Lo celebro, pero...
And. La muchacha se lo merece. Es muy guapa.
Clara Enhorabuena.
And. ¡Una preciosidad!
Clara (Con ironía.) Ahora sería cortés haber dicho «mejorando lo presente.»
- And.** (Con sorna.) No lo he dicho... porque no es verdad.
- Clara** No siéndolo es cuando debe decirse... y cuando más se agradece. Quedamos (Pasando.)

- en que necesita usted una mesa de despacho y una cama de matrimonio.
- And.** Y muebles de comedor también.
- Clara** Escogeremos cosa de su agrado; que sea alegre, risueño...
- And.** Todo que sea propio para recién casados. ¿Sabe usted que el señor Desider ha tenido una gran idea con poner al frente de su establecimiento una dependienta tan joven y simpática como usted, y eso que, en la ocasión presente, está usted perjudicándole?
- Clara** ¡Yo, señor!... ¿Por qué?
- And.** Porque yo, me vuelve atrás de lo dicho, y ya no compro nada.
- Clara** ¿He cometido alguna indiscreción que le haga variar?
- And.** No. Es que me ha convencido usted y ya no me caso: soy demasiado joven.
- Clara** Vamos, tiene usted ganas de broma.
- And.** Hablo en serio, como nunca. He caído en la cuenta que no estoy enamorado de verdad...; porque, si lo estuviera, pensaría en mi novia á todas horas; y, en este momento puedo asegurar á usted que no me acuerdo de ella, ni tanto así... Como si se hubiera muerto. Como si no hubiera existido jamás; ni recuerdo su nombre, ni el color de sus ojos: solo lo presente absorbé mi pensamiento. (Pausa breve. Andrés mira fijamente á Clara.)
- Clara** Qué hermoso día hace. En este Bruselas, el tiempo varía con facilidad...

ESCENA XXIV

DICHOS. DESIDER por la primera derecha

- Clara** (Viendo á Desider que sale.) Ah, señor; este caballero desea comprar un mobiliario completo. (A Andrés.) Le dejo á usted con el principal.
- And.** Hola, papá.
- Des.** Hola, hijito.
- Clara** ¡Ah! ¿Se ha burlado usted de mí?
- Des.** ¿Cómo? ¿Te había tomado por un parroquiano? ¡Qué gracia! ¡Pero, qué gracia tienen! ¡Clementina, oye, que tiene mucha gracia!

ESCENA XXV

DESIDER, ANDRÉS, CLARA, CLEMENTINA, JULIETA y la
CRIADA, salen todos por la primera derecha

- Clem.** (Saliendo.) ¿Qué ocurre?
Jul. ¿Llamabas, papá?
Des. La señorita Clara, quería colocara Andrés un
mobiliario completo. (Risas generales. A Andrés.)
¿Y qué quería el caballero?
And. Lo primero, una mesa de despacho y un
sillón, para cuando sea abogado.
Des. Sobre todo, el sillón, te hará mucha falta
para que esperes sentado á los clientes.
And. ¿Dónde tenéis el depósito central?
Clara ¡Oh!
Des. ¿Depósito Central?
And. Sí; un vasto almacén, de que me hablaba la
dependienta.
Des. ¡Qué gracia, Clementina! ¿No sabías que
tenemos un depósito central?
And. Pensaba vaciarlo esta señorita para llenar
mi nido de amor, porque le dije que me iba
á casar.
Clem. ¡Pillin! ¿Y quién es la novia?
And. ¡Pues, eso es lo chusco! ¡Que se me ha olvi-
dado! (A Clara.) ¿No le parece á usted, seño-
rita... que la escojamos al mismo tiempo que
los muebles?
Des. Estará en el depósito central. (Todos rien.)
Criada El almuerzo está servido.
Des. ¡Vamos á almorzar! Vamos, Clara Frenois,
alegre usted esa cara. Estoy muy contento
de usted. Hoy ha sido buen día: la sillería,
los jarrones, *La locura* de Amelin... Usted
venderá mucho, ¡qué demonio!
Clem. Ea, vamos á la mesa.
Des. Nos beberemos una botella á la salud de la
dependienta.
Clara No; yo me quedo aquí. Antonio salió y no
ha vuelto. No se debe quedar el almacén
solo. Yo comeré después.
And. Eso no, señorita, hoy me quedo yo, ¡castiga-
do! Vaya usted á almorzar.

- Clara** De ninguna manera.
And. Le debo á usted ese desagravio... para obtener su perdón...
Des. ¡Ah, vamos! Ya no se te cae la tienda encima. La tienda... como tú la llamas.
And. Es que ahora... ahora está mucho mejor.
(Mirando á Clara. Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Decoración: El mismo almacén de muebles, pero mejorado y enriquecido. A la derecha en primer término, puerta. En segundo término escalera practicable con barandilla y alfombra en los escalones, por cuyas escaleras se va á los otros almacenes. Al foro puerta grande que da á otras habitaciones y á la escalera interior de la casa. En el forillo de esta puerta muebles pintados. Entre esta puerta y la escalera, puertas vidrieras que figuran ser de un ascensor que no juega. A la izquierda el escaparate que da á la calle. En primer término izquierda puerta grande de cristales, de dos hojas, que es la entrada principal al almacén, esta puerta tendrá su cierre metálico que á su tiempo se echa, al figurar que se cierra el almacén. Este escaparate por la parte de la calle tiene dos hojas grandes de madera que tambien se cierran á su tiempo. Las hojas vidrieras llevan manillones dorados para poder abrir y cerrar, á su tiempo, dichas vidrieras. Alfombra de mosaico. Aparato elegante de luz eléctrica que se enciende á su tiempo y cuya llave va en la columna de la decoración que divide la escena. Aforado el escaparate y la puerta principal de entrada al almacén con telón ó trastos de calle. En la decoración cuadros y tapices pintados.

ESCENA PRIMERA

ANTONIO limpiando los muebles con un plumero. Después CLARA que sale por la primera derecha

Clara (saliendo.) ¡Hola, Antonio! ¿Qué hora es?
Ant. Las siete.
Clara ¿Se llevaron ya todos los muebles á la Exposición?

- Ant.** El último carro saldrá mañana.
- Clara** ¿Supongo que todo estará listo para el día de la inauguración?
- Ant.** Ya lo creo.
- Clara** Sólo quedan cinco días hasta la visita oficial del Rey, y no quiero que falte el más pequeño detalle; así, que no hay tiempo que perder, es preciso que nuestra instalación sea la mejor de todas. ¡Quiero que demos el golpe!
- Ant.** Lo daremos. Todo estará á punto. No lo dude usted.
- Clara** Así quiero que sea.
- Ant.** Así será. Querer es poder, dice usted muchas veces á los oficiales y á los dependientes; y, en efecto, cuando usted quiere una cosa...
- Clara** ¿Qué?
- Ant.** Boca abajo todo el mundo.
- Clara** Me lo echa usted en cara. Eso quiere decir que no le dejo á usted mandar.
- Ant.** Yo no he nacido para mandar. Para obedecer... para obedecerla á usted.
- Clara** ¡Qué galante! Pero usted será siempre el empleado más antiguo, el primero de todos, y eso que son muchos.
- Ant.** Muchos, por obra y gracia de usted, fundadora de la importantísima casa *Desider, Amelin* y *Compañía*, que en tres años ha conseguido hacer de una tiendecita de mala muerte, un almacén de verdad, el mayor y de más crédito de Bruselas.
- Clara** Pues ya ve usted; *Desider*, hace tres años, llamaba á su tienda almacén, y hoy con su engrandecimiento, le llama tienda.
- Ant.** Coqueterías tuyas. Hay mil modos de presumir y darse importancia; en cambio antes sólo se ocupaba del comercio, y hoy el *sport* y la moda son toda su ilusión. Pero á usted se lo debe todo.
- Clara** Hemos tenido suerte, y nada más.
- Ant.** La suerte, sin sus iniciativas de usted, de nada hubiera servido.
- Clara** ¿Le parece á usted poca suerte haber encontrado un socio capitalista como el señor *Amelin*?... Pues sin dinero... adiós iniciativas.

- Ant.** Usted, con su habilidad, supo inspirar confianza al hombre que tenía dinero, y consiguió convencer al señor Amelin para que comprase el solar que ocupaba el *mercaducho* que ahí existía, y le convenció igualmente de que le convenía ayudar á Desider en la ampliación del negocio.
- Clara** No lo niego, y estoy contenta de mi obra; he conseguido dos cosas: favorecer el ornato público y hacer un almacén que, como ha dicho usted antes, es el mejor y de más crédito en Bruselas, asegurando mi porvenir.
- Ant.** ¿Su porvenir de usted?... Yo no lo creo... Pero hay quien supone que la fué á usted muy fácil convencer al señor Amelin.
- Clara** Esas calumnias las desprecio. Quizá muy pronto varíen de persona.
- Ant.** ¿Por qué?
- Clara** Cuando sepan que después que se celebre la Exposición, nombrarán al señor Desider Caballero de la orden del Rey Leopoldo, con lo que seguramente quedará satisfecha su vanidad.
- Ant.** ¿Cómo lo sabe usted?
- Clara** ¿A usted qué le importa?
- Ant.** Verdad. Pero si al amo le nombran Caballero, á usted—que todo lo hace—le deben dar el *Gran cordón*, ó no hay Justicia. (Clara se ríe.)
- Clara** A mí me basta con tener contentos á los que me rodean.
- Ant.** Eso es muy difícil.
- Clara** ¿Por qué?
- Ant.** Porque yo que lo aparento, no lo estoy... A veces echo de menos los tiempos pasados y la tiendecita... Por las noches, solo en mi cuarto, ese cuartito tan mono que le debo á usted... me acuerdo con pena de la buhardilla donde dormí antes.
- Clara** Hay gustos que merecen palos.
- Ant.** Y es que antes era yo más pobre que las ratas... que las ratas que compartían conmigo la buhardilla, pero...
- Clara** Venga el pero.
- Ant.** Usted lo era también, y no estábamos tan lejos el uno del otro; ahora estamos tan dis-

- tantes, que puedo hablar sin temor á las consecuencias... El que pide algo razonable, lo hace para que se lo den... El que pide la luna es por pasar el rato.
- Clara** ¡Ah, vamos!... Antonio, es usted mi mejor amigo y es usted muy bueno... Yo le quiero á usted mucho... mucho... pero fraternalmente... no de amor.
- Ant.** ¿Ve usted? ¿Ve usted cómo podía hablar sin temor á las consecuencias? Demasiado sé yo que no soy su tipo; su ideal de usted es otro.
- Clara** ¿Mi ideal? ¡Quién sabe si yo también pediré la luna! (Pausa.) No volvamos á hablar de esto; ¿no le parece á usted? (Queda pensativa.)
- Ant.** Conforme. Jamás volveré á hablar de ello. Aquí no ha pasado nada. (Pausa.) Ya sólo me acuerdo de que es hora de cerrar la puerta. (Se va al exterior, emocionado, por la primera derecha.)

ESCENA II

CLARA, que cuando terminó de hablar sigue pensativa. A poco AMELIN por la primera izquierda

- Amel.** Buenas tardes, (Entrando.) Clarita... Buscándola vengo... Hace un siglo que no la veo á usted.
- Clara** Pues yo le he visto á usted esta mañana.
- Amel.** Esta mañana, sí... es verdad. Pero, ¿qué quiere usted? Para mí, si no la veo, pasa un siglo desde la mañana á la noche.
- Clara** Siempre galante.
- Amel.** No es galantería, es que yo la quiero á usted mucho, Clarita.
- Clara** Así lo creo.
- Amel.** Pero es que no sabe usted cuánto la quiero.
- Clara** ¡Vaya si lo sé! *Mucho*; me lo acaba usted de decir.
- Amel.** ¿Y cómo?
- Clara** Como un buen padre, lo sé. (Amelin hace un gesto de negación.) ¿No? Es que no se da usted cuenta, pero así es. Reflexione usted y se convencerá de que su afecto es puramente paternal.

- Amel.** Bonita manera de llamarme viejo y echarme en cara la edad que tengo.
- Clara** ¿Yo?... No he hablado de ella. Usted es quien habla.
- Amel.** Sí. Como los calvos hablan de su calvicie. Para ver si hay alguien que le diga: ¡Pues le sienta á usted muy bien!
- Clara** No; su edad y su aspecto de usted no pueden ser mejores; están en armonía con su elegante chalet Villa Amelin.
- Amel.** No me hable usted de Villa Amelin. ¡Dichosa locura! Hice dos; la de construirla y la de instalar en ella á Desider y á su hija. Debí hacerle caso á él y amueblarla de cualquier modo. Pero seguí los consejos de usted... Y aquello es una preciosidad. ¡Qué lástima! Me hace el efecto de haber construído un palacio encantado para hadas y príncesas y haber alojado en él á mi mayordomo.
- Clara** ¿Por qué lo hizo usted si había de arrepentirse? (Se sientan.)
- Amel.** No, si no me arrepiento; me aburría la vida de *sportman*. El hombre ha nacido para algo más útil. Usted me lo hizo comprender.
- Clara** ¿Yo? Jamás le he dicho á usted una palabra.
- Amel** Ni yo que usted me la dijera. Me lo hizo usted comprender con su ejemplo. Me admiró ver cómo con su aire de *poquita cosa*, de niña *ingénua*, transformaba el tugurio de Desider dándole vida y movimiento. Logró usted interesarme en el comercio, platónicamente primero; metálicamente después.
- Clara** Perdone usted, señor Amelin; fué usted quien por su espontánea voluntad quiso...
- Amel.** Lo reconozco. Un efecto de sugestión ha sido; pero el caso es que usted me obligó á querer... sin parecerlo; y, la metamorfosis, no alcanza sólo á la tienda, sino á mis costumbres; yo soy completamente distinto de lo que era; usted ha hecho de Pedro Filiberto Amelin, el distinguido *sportman*, un tapicero inteligente, socio comanditario de la razón social Desider, Amelin y Compañía.
- Clara** ¡Lo dice usted tan convencido!...
- Amel.** Naturalmente. ¡Si parece que la afición á la ebanistería me brotó como el sarampión!

- Clara** (Sonriendo.) Perdone usted que me ría.
- Amel.** La cosa lo merece. Ahora resulta que hemos trocado los papeles. Yo vigilo la tienda; Desider dirige mis caballerizas. Yo soy el mercachifle; Desider el *sportman*. Estrena un traje cada día, usa monocle, y no se quita los guantes ni para cortarse las uñas.
- Clara** ¿Y yo tengo la culpa de todo?
- Amel.** ¿Se atreve á negarlo? Lo notable es, que la Casa Desider, que estaba á punto de quebrar, me hace ganar tanto dinero, que casi me da vergüenza. Los caballos me costaban antes un sentido. Pues desde que los maneja ese imbécil de Desider, ganan todos los premios: son mis caballos de carrera los mejores del mundo.
- Clara** Lo cual es mucho más práctico.
- Amel.** ¡Y para esto mis antepasados se dejaron matar en las Cruzadas!
- Clara** Si tanto se acuerda usted de sus aficiones deportivas, y piensa usted que aquí pierde el tiempo, nada más fácil que reanudarlas.
- Amel.** ¡Por Dios, Clara; no me recuerde usted mi inutilidad.
- Clara** No es esa mi intención.
- Amel.** Además, no es oro todo lo que reluce. Usted sabe muy bien el afecto con que la distingo; por él llevo con gusto mi *sarampión* mobiliario, y hora es ya que hablemos con franqueza, (Clarita... Esta situación hay que terminarla alguna vez.
- Clara** (Saliéndole al paso.) Comprendido, señor Amelin. ¿Prefiere usted que yo sola me encargue del almacén? Es, para mí, un trabajo excesivo, pero acepto... No puedo oponerme á su deseo.
- Amel.** Las cosas claras. ¿Ha resuelto usted echarme?...
- Clara** Si ha sido usted mismo quien ha dicho...
- Amel.** ¿Yo? ¿De dónde saca usted que yo?...
- Clara** ¿No dice usted que hay que acabar de una vez?...
- Amel.** Sí, señorita; lo digo y lo repito, hay que acabar de una vez.
- Clara** ¿El qué hay que acabar, hombre de Dios? (Riéndose.)

- Amel.** ¿Por qué se ríe usted?
Clara ¡Si no me río!
Amel. Pues lo parece.
Clara Rompa usted de una vez. ¿Hay que acabar el qué?
Amel. (Anonadado y balbuciente.) Hay que acabar de una vez... las obras del pabellón, y con el dichoso arquitecto, que me trae loco.
Clara ¿Qué quiere?
Amel. Vea usted la carta que me ha enviado con un continental. (Leyendo.) «Muy señor mío: he pensado que las vidrieras pueden ser de colores imitando peces...» ¡Ya ve usted; peces de colores.

ESCENA III

DICHOS; DESIDER, JULIETA, ENRIQUE, por el foro derecha

- Des.** (Desde fuera.) Gracias, Antonio... sí... sí... ya sé; en la tienda, en el escritorio de la señorita Clara. (Entra.)
Amel. ¿Qué pasa? Ya vienes á molestar. Estábamos trabajando. Nosotros tenemos algo más que hacer que barrer las calles de Bruselas con los vuelos de un gabán fantasía... pero de una fantasía horripilante.
Des. ¿Qué tienes que decir de este gabán?
Amel. Café con leche... más leche que café.
Des. En tu vida has tenido tú un gabán como este.
Amel. Como que mi sastre ha sido siempre muy amigo mío, y el tuyo debe ser tu mayor enemigo.
Des. Dí lo que quieras; pero esta tarde en el Hipódromo ha llamado la atención.
Amel. Lo creo...
Des. Me han sacado varias fotografías para los periódicos ilustrados, llevando de la brida á *Epaminondas*. Así...
Amel. Me alegro por el caballo, que es magnífico; lo siento por ti, que nos vas á desacreditar. Déjanos trabajar.
Des. Tengo ahí á los chicos. Quieren verte. Pero,

- como nos recibes de ese modo... (A los hijos que entran) Vámonos, hijos; dejemos á este...
Amel. No, hombre, no. Que pasen.
(Desider se acerca seguido de Julieta y Enrique. Este se acerca á saludar á su padre.)
- Enr.** Hola, papá.
Amel. Ya podías saludar antes á esta señorita. (Por Clara.)
- Enr.** Perdón. Buenas tardes, señorita. (Le da la mano.) Buenas tardes, papá. (Le besa.)
- Amel.** Buenas, hijo. ¿Qué tal, Julieta?
Jul. Bien, gracias, señor Amelin. ¿Y usted, Clara, cómo sigue?
- Clara** Muy buenas, señorita Julieta.
Amel. ¿Desea algo la Santísima Trinidad de Villa Amelin?
(Llamada al teléfono.)
- Des.** A propósito de Villa Amelin...
Clara (Al teléfono) Diga... Central... ¿Con quién hablo?
- Des.** Quería hablarte de las carreras de mañana.
Jul. Sí, señor; papá quiere...
Clara (Al teléfono.) Diga usted... sí. Oigo perfectamente.
- Amel.** ¡Chit!...
Clara Bueno... sí... el señor Durand el arquitecto... voy, en seguida...
- Amel.** ¿Qué quiere?
Clara Lo han hecho subir al entresuelo... me espera en la Administración... Con su permiso... (Marchándose.)
- Amel.** Voy yo también.
Des. Pero, antes... oye un momento...
Clara (A Amelin.) No se moleste usted. (Vase por la escalera.)
- Amel.** No... no... tengo precisión de verle... (A Desider.) Soy contigo dentro de un instante... Pero, hazme el favor... quítate ese gabán que estás horrible... (Medio mutis.)
- Des.** Deja en paz al gabán. Ya sé lo que significan tus instantes. En las carreras de mañana...
- Amel.** Me tienen sin cuidado las carreras. Haz lo que te parezca, querido. Será siempre lo mejor.
- Des.** No, no; esta vez necesito tu opinión.

Enr.)
Jul.) (A la vez.) { Papá, es el caso...
Des.) { Figúrese usted...
Amel.) { Hazte cargo...
Sí, sí; vuelvo pronto.
(Vase Amelin por la escalera.)

ESCENA IV

DESIDER, ENRIQUE Y JULIETA

Jul. Mira, papá; es una locura que corra *Cleopatra*; aun no está respuesta del catarro de este invierno y se perderán las carreras.

Enr. No estoy conforme; *Cleopatra* está ya bien y es un gran tipo de yegua pura sangre y de finos remos.

Jul. Pero está muy débil todavía. Debe correr *Artajerjes*, que es más vigoroso, y también pura sangre.

Des. Tiene razón Julieta, *Artajerjes* sería una buena elección.

Jul. ¡Naturalmente!

Enr. Eso es un disparate, amigo Desider, y usted perdone.

Des. No; sí, aparte de eso: yo creo que con *Cleopatra* podría ganarse la carrera.

Jul. Podría, pero con *Artajerjes*, se gana de seguro.

Enr. ¡No se gana!

Jul. ¡Sí se gana!

Enr.)
Jul.) (A un tiempo.) { ¡No, no, y no!
Jul.) { Sí, sí, y sí...
Des. Pero ¿qué va á ser esto? ¿Se puede saber quien es el encargado de dirigir la caballeriza? ¿Eres tú acaso, niña? ¿Es usted, señor defensor de *Cleopatra*? Entonces ¿quién es Gustavo Desider, aquí presente? ¡Estoy hasta la coronilla de tanta disputa! ¿Y sabéis lo que os digo? Que ahora mismo voy á plantear ante el señor Amelin la cuestión de confianza. (Vase por la escalera.)

ESCENA V

JULIETA y ENRIQUE

- Jul. Eso es, la cuestión de confianza. Aunque desde el momento en que ni por galantería me da usted la razón, deberíamos darla por resuelta.
- Enr. Pero ¿qué está usted diciendo?
- Jul. Lo que usted oye. ¿Qué cree usted? ¿Que no he conocido hace tiempo que estamos de más en Villá Amelin?
- Enr. ¡Julieta, por Dios!
- Jul. Sí, señor; de más. Los amos, los verdaderos amos de las caballerizas son usted y su padre. Con toda la delicadeza del mundo me lo está usted recordando á todas horas. Y eso es insoportable.
- Enr. Pero ¿ha podido usted pensar?...
- Jul. Basta. ¿Cuáles eran mis negociados? La inspección de forrajes y la preparación de los jokeys haciéndoles saltar á la comba para que disminuyeran de peso, ¿no? Pues de los dos presento la dimisión ahora mismo.
- Enr. Pero yo no la acepto...
- Jul. Me es igual. Desde este momento somos incompatibles.
- Enr. ¿Cree usted?
- Jul. Lo creo y lo aseguro. Usted es un Amelin, yo no soy más que una Desider, y no pierda usted ocasión de hacérmelo notar.
- Enr. ¡Pero, Julieta!
- Jul. Pero, Enrique...
- Enr. Pues mire usted, es lástima, porque en el fondo...
- Jul. ¿Qué?
- Enr. Fíjese que digo en el fondo... creo que nos queremos algo.
- Jul. Nos queríamos. Eso pertenece á la historia.
- (Salen Amelin y Desider y oyen lo que sigue, sin ser vistos, por la escalera.)
- Enr. ¡Sospecho que no me ha querido usted jamás!

- Jul.** Sí, señor; pero ahora hay un abismo entre nosotros. ¿Lo oye usted? ¡Un abismo! ¡Hasta nunca!
- Enr.** ¿Se va usted?
- Jul.** Sí; á reunirme con papá. ¿Y usted, dónde va?
- Enr.** A la calle; á tomar el fresco.
- Jul.** Bien hecho. ¡Adiós, para siempre!
- Enr.** ¡Adiós!
- (Vanse uno por cada lado de los primeros términos,)

ESCENA VI

AMELIN, DESIDER. Después JULIETA y ENRIQUE, por donde se fueron

- Amel.** ¿Qué significa esto?
- Des.** Chico, perdóname... Te juro que no había notado nada. ¡Estoy atónito!... ¿Quién iba á sospechar?... Aquí tienes una muchacha que no tiene otra habilidad que tocar el piano... y un chico de inmejorables condiciones que ni esa habilidad tiene... Todo el día en el campo juntos y ahora resulta que acaban enamorándose como tontos. ¿Qué te parece que hagamos?
- Amel.** Tengo una idea.
- Des.** A ver...
- Amel.** Casarlos.
- Des.** ¡Cómo! Casarlos... Pero, ¿no te enfadas? Tú consientes que tu hijo se una con la hija de un tapicero.
- Amel.** Hace tres años me hubiera opuesto furiosamente; pero, hoy, bien mirado, puedo decir: «ya que yo voy á la tapicería, justo es que la tapicería venga á mí...»
- Des.** Una Desider convertida en una Amelin...
- Amel.** ¿Qué más da? La democracia impera.
- Des.** Pero... ¿á qué ocuparnos ya? ¡Se han ido haciendo fú como el gato! Nos hemos enterado de que se quieren cuando se peleaban...
- Amel.** Eso no importa... ¿Has visto alguna guerra que no acabe en una paz?... Tras de la tempestad viene la calma.

- Des.** Sin embargo; Enrique ha dicho que se iba á tomar el fresco... y cuando un hombre se refresca no piensa en casarse...
- Amel.** El volverá. Es de abolengo. A los Amelin, guèrreros incansables, siempre les faltó el valor de saberse marchar.
- Des.** Yo también, conozco á los Desider. Mi hija ha dicho: «Hasta nunca...» y ten la seguridad de que cumplirá su palabra...
- Jul.** (Entrando.) ¿Ha venido por aquí Enriquito?
- Amel.** ¡Ya lo estás viendo; Desider legítima!
- Enr.** (Asomandose por la puerta de la calle, pregunta:) ¿Está aquí Julieta?
- Des.** ¡Ya lo veo; Amelin auténtico!
- Enr.** } (A la vez al ver á sus padres.) ¡Ah!
- Jul.** }
- Amel.** No asustarse. Ahora mismo nos vamos los cuatro á Villa Amelin.
- Des.** Bien pensado. El automóvil nos espera en la puerta principal... Pero, yo he de ultimar antes algunas cosillas.
- Amel.** Y yo tengo que ir á las oficinas de la *Exposición*.
- Des.** Entonces, si quieres, vendré á recogerte dentro de una hora.
- Amel.** Eso es... Dentro de una hora aquí.
- Des.** Los chicos vendrán conmigo.
- Amel.** Naturalmente..
- Des.** Andando... Venid... (A los chicos.) Pasad delante.
- Jul.** Mira, papá...
- Enr.** Señor Desider, yo...
- Des.** Punto en boca. En el coche me lo contareis todo. Hasta después. (A Amelin.)
(Los tres salen por el foro derecha.)

ESCENA VII

AMELIN y CLARA que baja por la escalera

- Clara** (Al ver á Amelin.) Creí que se había usted marchado. El arquitecto se fué.
- Amel.** Me entretuve aquí, porque mi hijo Enrique...
- Clara** ¿Le ocurre algo?

- Amel.** Que ahora resulta que está enamorado de Julieta. ¿Quién lo había de pensar?
- Clara** Es una cosa extraordinaria... Les hacen ustedes pasar la vida juntos. Ella es monísima; él no es feo... con tanto inconveniente... van y se enamoran el uno del otro... ¿Ha visto usted qué cosa más rara?
- Amel.** ¿De modo que usted cree que viviendo juntos...?
- Clara** Cuando no se tiene otra cosa que hacer...
- Amel.** ¡Ah, vamos!
- Clara** Supongo que enterados ya, los casarán ustedes.
- Amel.** Naturalmente.
- Clara** ¡Eso está bien, eso hacen los padres buenos, y usted da pruebas de serlo, haciendo la felicidad de esa linda pareja.
- Amel.** El abolengo es distinto, pero...
- Clara** El amor no se para en esas tonterías.
- Amel.** ¿De veras? No sabe usted lo que me alegro.
- Clara** ¿De qué?
- Amel.** De que opine usted de esa manera. De modo que usted cree que el amor no distingue de...
- Clara** De .. nada. Con su permiso me voy á la Exposición.
- Amel.** Vaya usted con Dios y que sea enhorabuena.
- Clara** Muchísimas gracias. (Vase por la primera izquierda.)

ESCENA VIII

CLARA, ANDRÉS y ANTONIO

- Clara** Y serán felices; tal para cual.
- And.** (Saliendo por la primera derecha.) Buenas tardes, Clara.
- Clara** Muy buenas.
- And.** ¿La salud buena?
- Clara** Excelente.
- And.** ¿Y el humor?
- Clara** Excelentísimo, como siempre.
- And.** (Mirando en derredor.) No veo al señor Amelin.
- Clara** No es extraño. Porque no está.

- And.** Lo extraño es que no esté. Ha llegado á formar parte del almacén. Es un trasto más. ¿Lo ha enviado usted al taller de reparaciones? Porque le advierto á usted que los muebles antiguos, si se descomponen, tienen muy difícil arreglo.
- Clara** Déjese usted de bromas. El señor Amelin hace muy bien en vigilar el negocio; ya conoce usted el refrán que dice: «El ojo del amo...»
- And.** Eso es lo que hace el amo, no quitarle á usted ojo...
(Antonio, saliendo con unas tablas para cerrar la puerta por la primera derecha.)
- Ant.** Buenas, señorito Andrés.
- And.** Hola, Antonio, ¿dónde vas tan cargado?
- Ant.** A cerrar, que se hace de noche.
- And.** (A Clara.) Pero, ¡qué ocurrencia! ¿Ese escaparate no tiene cierres metálicos como los demás?
- Clara** ¿Lo ve usted, Antonio?
- Ant.** Tengo yo la culpa... Nada de puertas metálicas en ese hueco.
- And.** ¿Por qué?
- Ant.** No sé.. es una superstición.
- And.** No lo entiendo.
- Ant.** Yo le diré á usted. Durante diez y siete años, día por día, á la misma hora, he cerrado esa puerta con estas tablas: si dejara de hacerlo, no sé... no dormiría tranquilo; creería que no había cerrado.. Soñaría que entraban ladrones; una chifladura... ¿Qué quiere usted.. ?
- And.** La costumbre.
- Ant.** Sí, señor. La costumbre, madre de la fidelidad...
(Antonio se va por la primera izquierda á colocar las tablas para cerrar el escaparate.)
- And.** Este Antonio llegará á ser un filósofo.
- Clara** Quizá antes de que usted sea abogado.
- And.** Ya pareció aquello.
- Clara** Francamente .. no sé cuándo va á llegar la hora de que usted se licencie.
- And.** ¡Bah!
- Clara** Nada de ¡bah...! Hay que licenciarse.. y pronto.

- And.** Dentro de unos meses. ¿Sabe usted quién tiene la culpa de que yo no me licencie?
- Clara** ¿Quién?
- And.** Usted.
- Clara** ¿También tengo yo la culpa de eso?
- And.** Sí, señora. Me riñe usted por ello, y yo no me licencio, porque me da gusto que usted me riña.
- Clara** Celebro saberlo; jamás le volveré á decir nada.
- And.** Es una broma. La verdad es que el Derecho me carga: resulta poco ameno estar pendiente de los asuntos de los demás, y luego... ¡tener que defender á los criminales!
- Clara** Bueno, pues proporcione usted á su padre la alegría de verle con el título.
- And.** Sí... Antes renegaba de mis estudios, y ahora suspira por verme retratado con la toga y en actitud tribunicia. ¡Qué cambiado está mi padre!
- Clara** El hijo no lo está menos.
- And.** Es verdad. Yo no tenía más ilusión que pasarme la vida defendiendo á todo bicho viviente. Y ahora me resulta más interesante el comercio que la abogacía. El árido estudio de las leyes me revienta; en cambio, la industria, el comercio me entusiasman. Eso significa producir, transformar algo positivo y de inmediata utilidad; *pais* en que abunden los abogados, *pais* perdido; el comercio engrandece y da vida á las poblaciones: y, además, el comercio para mí significa muchísimo... significa estar siempre al lado de usted.
- Clara** ¿Á mi lado?
- (Entra Antonio por la primera izquierda. Estos, cohibidos, callan.)
- Ant.** (Después de echar el cierre metálico de la puerta de entrada.) Ya está. Pero, se han quedado ustedes á oscuras... Voy á dar luz. (Lo hace y mutis por la escalera.)
- Clara** Andrés; no se ocupe usted de mí y complazca usted á su padre... ¡Ah! ¡Qué memoria la mía! Dichosa butaca... ¡Antonio!
- And.** Ya se fué... ¿Quiere usted que le llame?
- Clara** No... no; gracias.

- And. ¿Sirvo yo de algo?
Clara Para lo que le necesito, no.
And. ¿Tan difícil es?
Clara Muy difícil... para usted...
And. Sepamos de qué se trata.
Clara Hay que concluir de galonear esa butaca. Su dueño está ya impaciente... Y yo quería entregársela mañana temprano.
- And. De modo que me juzga usted incapaz de clavar ese galón... Pues, va usted á ver... (Coge el cajón de los clavos y un martillo pequeño.)
Clara Es inútil. Hará usted una chapuza, y será peor el remedio que la enfermedad. Pero, ¿qué está usted haciendo?
And. Demostrarle á usted que no soy un chapucero. Un profano en la materia dejaría los clavos en el cajón al alcance de su mano... y los iría cogiendo así, uno á uno... Pero, como yo soy un tapicero de raza y tengo la carpintería en la masa de la sangre, me pongo los clavos en la boca, como el oficial más experimentado. (Acompaña la acción á la palabra.) Así, u... u... u... u...
Clara ¡Ay... Dios mío...! A ver si tenemos algún disgusto.
And. No... no tenga usted miedo. Están bien colocados, y hablo como si nada tuviera en la boca.
Clara Bueno, Andrés, basta de bromas.
And. ¿Cómo bromas? Me ha herido usted en el amor propio... ¿Ve usted qué bien...? ¡Ay!
Clara ¿Se ha hecho daño?
And. No. Es que me estorba la americana... Con su permiso voy á quitármela.
Clara ¡Pero, Andrés, por Dios...! Deje usted eso... Mejor haría usted en repasar las asinaturas...
And. (Escupiendo los clavos en una mano.) Todo es compatible. Estos son los apuntes de Derecho Romano. Abra usted por donde quiera, y pregunte. Ya ve usted que soy complaciente, y además se convencerá usted de que estoy muy bien preparado. (Se vuelve á meter los clavos en la boca, se agacha ante la butaca y continúa clavando.) Vamos, pregunte usted...
Clara No sea usted criatura.

- And.** No... no... (Hablando con dificultad) Abra usted hacia la mitad del cuaderno, donde dice: El *contubernium*. (Andrés se levanta, vuelve á escupir los clavos en la mano y abre el cuaderno.) Aquí.
- Clara**
And. ¿Y qué es eso del *contubernium*?
(Se arrodilla ante el sillón; sigue clavando el galón y dice:) El matrimonio entre esclavos, ó entre una persona libre y una esclava... estaba considerado por la ley romana como una unión de mero hecho.
- Clara**
And. ¿Nada más?
Nada más.
- Clara**
And. ¿Y qué obligaciones tenía la mujer?
(Mirándola cariñosamente.) Las de ser muy mimosa con su marido.
- Clara**
And. Vamos, Andrés; formalidad.
Pues bien; la mujer aportaba al matrimonio el arca que, según la condición del marido, servía para guardar el pan, los vestidos, etc., etc....
- Clara**
And. Pero, ¿qué está usted diciendo?
(De pie con resolución.) El arca, además, servía de asiento. Y este es el origen del banco. Luego varió en forma más complicada y vino el cofre de tapadera, que servía de respaldo, luego se progresó y los asientos tenían patas, y esta familia tenía varias ramas: sillas, sillones, taburetes, etc. (Dejando de clavar.) ¡Ea! Ya está terminado.
- Clara**
And. ¿Y eso es Derecho Romano?
De la propia *Instituta de Justiniano*, en relación con la Historia del mueble en la antigüedad. Convéznase usted, Clara: el Derecho, la ebanistería y el matrimonio, tienen el mismo origen y merecen por igual nuestra atención. Yo estudio el Derecho por mi padre, y lo demás por usted: ¡Ah...! pero... ¿y los clavos?
- Clara**
And. ¿Cómo los clavos?
Sí; los clavos.. ¡Los que tenía en la boca!
- Clara**
¡Dios mío! Se los ha tragado usted distraído.
(Dirigiéndose á él descompuesta.)
- And.** (Azorado.) Creo que sí.
- Clara**
¡Santo Dios, qué disgusto...! ¿Le duele á usted algo?
- And.** No. (Tragando saliva.) La verdad, no siento nada.

- Clara** ¡Qué desgracia tan grande! ¡Un médico.. que avisen un médico!
- And.** (Dando un grito.) ¡Ay!
- Clara** ¿Qué le pasa á usted?
- And.** Nada.... Nada; no me he tragado ningún clavo... Acabé de colocar el galón... con el último clavo que tenía en la boca; están, pues, todos en la butaca.
- Clara** ¡Virgen Santa, qué susto me he llevado!
- And.** No sabe usted cuánto lo siento, digo mal, no puedo sentirlo; me satisface, me alegra ver el interés que por mí se toma usted; eso demuestra cariño.
- Clara** Por humanidad lo hubiera sentido igual por otro...
- And.** No. ¡Clara de mi alma!; no se asustaría usted así por otro cualesquiera y por un accidente tan pequeño. (Movimiento de Clara.) Usted me quiere... casi tanto como yo á usted... ¿A qué engañarnos...? Tenía que suceder... Nos pasamos la vida juntos... Usted es muy buena... es usted adorable.
- Clara** ¡No!... Locuras, no.
- And.** ¡Locuras, sí! Ojitos míos... cabecita de oro viejo... (Con entusiasmo.) Te adoro... te idolatro... Y tú me quieres también.
- Clara** Andrés, vuelva usted en sí... Váyase usted. (Pasa á la izquierda.)
- And.** No, Clara, no. Usted me quiere: deme usted el consuelo de afirmarlo.
- Clara** ¡No! No le quiero .. No quiero quererle... no no puedo quererle.
- And.** (Frenético.) ¿Por qué no puede quererme?
- Clara** ¡Basta de tonterías! Váyase usted.
- And.** No será sin que me explique...
- Clara** Aunque yo le quisiera, que no le quiero, ¿dónde nos llevaría ese amor?
- And.** ¡Vaya una pregunta! A la iglesia. A casarnos en gran velocidad.
- Clara** ¡Ah! ¡Gracias! es muy noble su contestación. Se lo agradezco, y demuestra que no estaba yo equivocada.
- And.** ¿Que no estaba usted equivocada, en qué?
- Clara** En juzgarle y profesarle una sincera amistad.
- And.** ¿Amistad?... ¡es poco; no me conformol

- Cristo pidió agua... y le dieron hiel y vinagre.
- Clara** Pues resignese como Cristo nuestro Señor... Amistad grandísima. Otra cosa, convénzase, no podría ser... Serene su entendimiento y reflexione.
- And.** No reflexiono nada; la amo; y, aunque lo niegue, usted me corresponde.
- Clara** Si yo soñando despierta hubiese sentido nacer en mí una sombra de amor... en el acto, sin vacilar, la habría desvanecido. Una inmensa distancia nos separa. Su padre de usted es el amo, es muy rico; vive en el gran mundo... Yo no soy más que la señorita del almacén.
- And.** Pero mi padre es hombre de bien y consentirá.
- Clara** Prométame usted no decirle una palabra. Una repulsa suya, sería causa suficiente para abandonar yo esta casa... Su padre de usted me recogió en un momento muy amargo de mi vida... Y no debo hacer nada que pueda contrariarle. No le hable usted; se lo suplico.
- And.** ¿Que no le hable?... Ahora mismo voy á...
- Clara** ¡No! Se lo prohibo á usted; se lo ruego.
- And.** Está bien; esa insistencia no tiene más que una explicación. Sea usted franca conmigo. Es que no me quiere usted, es que acaso otro... ¡Soy un imbécil; ahora lo veo claro. Amelin... se pasa aquí la vida; lo tiene todo abandonado...
- Clara** ¡Andrés! No me ofenda usted.
- And.** Es verdad... Perdóneme; no sé lo que me digo; estoy loco... Soy muy desgraciado.
- Clara** Más lo seríamos si la negativa de su padre fuese un hecho. Además, sépalo de una vez; yo, cuando me case, será conforme á mis gustos y á mi condición, para tener una felicidad tranquila y razonable.
- And.** Comprendo; no es al señor Amelin; pero quiere usted á otro... ¡Dichoso mortal! ¿Será desde luego un hombre honrado?
- Clara** Honrado á carta cabal.
- And.** ¿Se puede saber quién es?
- Clara** Sí... Habrá entre nosotros un secreto más.

Pero ha de prometerme no volver á insistir en su amor. ¿Me lo promete?
And. ¡Se lo juro! ¿Quién es?
Clara El señor... Antonio...
And. ¿Qué Antonio?
Clara Pues... Antonio.
And. ¿Antonio?

ESCENA IX

DICHOS y ANTONIO

Ant. (Bajando por la escalera.) ¿Llamaba el señorito?
And. No, señor Antonio.
Ant. ¿Señor yo? (Mirando á Clara.) Señorita Clara: la señora de Dumont y su hija están en el entresuelo. Desean hablar con usted.
Clara (Malhumorada.) A estas horas los almacenes están cerrados.
Ant. Han entrado por las oficinas. No quise despedirlas por tratarse de unas parroquianas excepcionales. (Movimiento de impaciencia en Clara.) Nos han comprado tres mobiliarios completos para el matrimonio de su hija que ha estado á punto de casarse tres veces, y las tres se ha deshecho la boda; luego nos ofrecen los muebles y se los compramos á mitad de precio; una ganga semejante bien merece algunas atenciones.
Clara ¿Dónde están?
Ant. En la administración.
Clara Bien... Voy allá... ¡Qué impertinencia tan oportuna! (Mutis por la escalera.)

ESCENA X

ANTONIO y ANDRÉS

Ant. ¡Malol! Está tormentoso el tiempo... Pero una familia como esa de Dumont es una renta vitalicia para un almacén de muebles. Es chocante lo que le sucede á esa señorita:

se arrepienten los novios cuando llega el día de la boda, y eso que es tan rica. Eso sí; sus millones no disminuyen su fealdad... ¿eh?

And. ¿Cree usted que esas cosas influye en el amor?

Ant. Naturalmente: una mujer bonita é inteligente, requiere un hombre de talento y gran figura.. Cada oveja con su pareja...

And. En eso puede que tenga usted razón; por eso le felicito doblemente.

Ant. ¿Felicitarle á mí...? ¿por qué?

And. Por haber conseguido hacerse querer de una ovejita tan linda como Clara. Que sea enhorabuena, Antonio (Le tiende la mano.)

Ant. ¿Qué está usted diciendo?... ¿Se burla usted de mí?... ¡Ah! ya caigo. La señorita Clara le ha dicho que me atreví á insinuarla mi cariño Sin duda fué una osadía que este caracol (Por él.) se enamorara de una mariposa como ella; fué una verdadera locura y no del siglo XVIII.

And. ¿Cómo locura si ella misma...?

Ant. Un poco de compasión no hubiera estado mal.

And. Hablo formalmente. Nada de compasión: Clara le quiere á usted..

Ant. ¿A mí?... ¿Quién lo ha dicho?

And. Ella misma.

Ant. ¿Y usted se lo ha creído?

And. ¿Por qué no? Usted la quiere... ella le quiere á usted. Usted es un buen muchacho, ella es...

Ant. Una simple.

And. ¿Cómo?

Ant. Sí, señor; una simple... y usted simple y medio, dicho sea con el mayor respeto y sin ánimo de molestarle. ¿Sabe usted de quién está enamorada la señorita Clara?

And. ¿De quién?

Ant. De usted. Y usted de ella. Cada vez que pronuncia su nombre, se le escapa el corazón por la boca. Y usted se pasa la vida buscando pretextos para venir al almacén. Y yo encontrando cuadernillos que creo de cuentas y resultan apuntes de Derecho Ro-

mano ó de Derecho civil. ¿Quiere usted más? Si yo no conociera á la señorita Clara pensaría que al decirle á usted eso quiso burlarse de mí. Pero no; se lo dijo por otra razón, quizá por altivez, calculando que, su padre, el señor Desider se oponga á esos amores. Eso es, de seguro, más claro que la luz. Pues bien, señorito Andrés, Clara es muy buena, digna de usted... Es preciso que esa boda se realice.

And. De ningún modo... está resuelta... Le quiere á usted sólo.

Ant. ¡Vamos! ¿se quiere usted callar? Yo me miro diariamente al espejo; y usted, sin duda, no se ha fijado en mí... Y no es que esté contrahecho, ni me falte nada, gracias á Dios. Pero la señorita Clara no es para mí; no puede serlo de ninguna manera.

And. ¿Habla usted en serio?

Ant. Como para otorgar testamento.

And. ¿Entonces cuanto me dijo...?

Ant. Pura disculpa para que usted, que es á quien ella quiere, no insista en su amor.

And. Pero, ¿y si mi padre...?

Ant. ¿Se negase? ¿Cómo se va á negar? Todo se lo debe á ella; su fortuna, sus diversiones... y mañana le deberá hasta honores, porque... Había prometido callar, pero no quiero, ¡jeal por ella ¿entiende usted? Sólo por ella será... ¡Caballero de la Orden del Rey Leopoldo! ¿Y su papá se va á negar?... ¡Sólo de pensarlo me pongo nervioso! ¿Qué más puede desear?... A no ser que prefiera que sea usted el quinto novio de la señorita Dumont... Créame á mí. Echese en brazos de su padre, y dígame: «Papá: estoy enamorado de la señorita Clara Frenois... (Aparece Desider.) Es una muchacha honrada, decente, de mucho talento.. la quiero... me quiere... y estoy decidido á casarme con ella.» (Al ver á Desider.) ¡Ah!

ESCENA XI

DICHOS y DESIDÉR

- Des.** (Que entra por el foro derecha.) ¿Qué dice este hombre.
- Ant.** Digo... que más me hubiera valido hablar más bajo. (Mutis.)

ESCENA XII

DESIDER y ANDRÉS

- Des.** ¿Qué cuento es ese?
- And.** No es cuento, papá; es una realidad. Que estoy enamorado de Clara, que la quiero con toda mi alma, y que me quiero casar con ella...
- Des.** ¿Te has vuelto loco? ¿Y por qué no con la criada?
- And.** ¡Papá!
- Des.** Sí, la criada; qué más da un peldaño más ó menos. ¡Hasta ahí podían llegar las bromas! ¡Miren la señorita! La recojo del arroyo, la siento en mi mesa, la creo una posición como nunca pudo soñar, y este es el pago... Eso no puede ser; además del ridículo, puedes ocasionar la desgracia de tu hermana. ¿Ignoras, insensato, que se va á casar con el hijo de Amelin y que esta boda es de gran conveniencia para ella y para nosotros? ¿Crees tú que Amelin, con su posición, ha de consentir que su hijo se case con la cuñada de la dependienta? Lo que siento es que te hayas dejado engatusar de ese modo por una intrigante.
- And.** No es exacto; y te suplico que la respetes en tus apreciaciones.
- Des.** Tú eres el que tienes que respetarme á mí. ¡Pues no faltaba más!...
- And.** Perdóname; pero al oír que la llamabas intrigante, no pude contenerme. Apenas in-

tenté hablarla de mi amor, se negó en redondo á casarse conmigo.

Des. ¿Se negó?

And. Y para poner entre los dos un obstáculo infranqueable me dijo una cosa que no es verdad... ¡Que estaba enamorada de Antonio!

Des. ¿Eso te dijo? Pues está bien Tiene más sentido común que tú, hijo mío. Y creo que no te ha engañado; porque yo había notado algo entre ellos; cierta inclinación... Varias veces los he sorprendido cuchicheando; he visto sonrisas insinuantes... apretones de manos...

And. ¿Que tú has visto eso?

Des. Desde que uso monóculo no se me escapa nada. No te quepa la menor duda; se entienden, y es razonable que así sea.

And. No puede ser... No puede ser. Antonio hace un instante me dijo lo contrario, y si fuera verdad, sería un canalla... un infame.

Des. Vamos, hijito; no te apures y no te desesperes; acabarás por dar la razón á tu padre. No te preocupes, que todo se arreglará; yo te buscaré otra novia, de nuestra clase, que te haga feliz. Eso corre de mi cuenta.

(Sale Amelin por el foro derecha.)

ESCENA XIII

DICHOS y AMELIN

Amel. Cuando gustes, Desider... ¿Pero, qué le sucede á Andrés?

And. (Levantándose.) Perdóneme, señor Amelin... (Vase por la primera derecha.)

ESCENA XIV

AMELIN y DESIDER

Amel. ¿Qué le ocurre? ¿Qué es lo que tiene?

Des. Tiene... dos cosas: ¡que se ha enamorado de Clara y que quiere casarse con ella!

- Amel.** ¡Qué barbaridad! ¡Qué locura! Pero... ¿tú estás seguro?...
- Des.** Segurísimo. Acaba de comunicármelo muy seriamente.
- Amel.** ¡Sí ¡Claro!... Ahora comprendo...
- Des.** ¿Qué?
- Amel.** Nada. Oigame usted bien, señor Desider. Usted y su hijo son dueños de hacer lo que quieran, de disponer de sus personas como se les antoje, y de rebajarse hasta ese punto...
- Des.** ¿Eh? ¿cómo? Pero si yo...
- Amel.** Silencio Pero la razón social Desider, Amelin y Compañía no puede ni debe descender de ese modo en la categoría social por el capricho de uno de sus miembros, ni empañar sus timbres, por un enlace de esa especie. Por lo tanto, si su hijo de usted comete la torpeza de casarse con esa señorita... no hay nada de lo dicho respecto al matrimonio de mi hijo con su hija de usted. ¿Está esto claro?
- Des.** Sí; demasiado claro, pero hay que advertir...
- Amel.** No he concluído. Además, como es consiguiente, queda en el acto disuelta nuestra sociedad, desaloja usted Villa-Amelin y deja su cargo de jefe de las caballerizas.
- Des.** Pero, ¿á qué viene todo eso, amigo Amelin? ¡Si precisamente estamos de acuerdo! ¡Si yo estoy resuelto á impedir esa boda hasta el punto de que hace un momento le decía á Andrés: ¡Hijo, por Dios, reflexiona que esa señorita!...
- Amel.** Esa señorita me gusta demasiado para él.
- Des.** ¿Cómo?
- Amel.** Bueno, al revés, me parece él demasiado para ella. Y no tenemos más que hablar. Beso á usted la mano. (Pretende irse. Desider le detiene.)
- Des.** Pero no te pongas así, por lo que más quieras... Yo te prometo que todo se arreglará, que Andrés no se casará con Clara, cueste lo que cueste.
- Amel.** ¿De veras?
- Des.** ¡Cueste lo que cueste! Pero... (Muy compungido.)

- ¡por Dios! no me hagas sufrir de esta manera! ¡Amelin... por la Virgen!... ¡Tutéame!
- Amel.** Bueno, pues... ven conmigo y no seas imbécil. (se va por la primera derecha.)
- Des.** ¡Gracias á Dios! ¡Ya me ha llamado imbécil!
¡Ya he recobrado toda su confianza! (Telón.)
- :

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

Un salón en un restaurant. Comunica al fondo con la sala de banquetes. En vez de puertas cierran el hueco dos tapices.

ESCENA PRIMERA

AMELIN, ANTONIO, CLARA, DESIDER, RUDEGUNDA DUMONT, madre de LUISA DUMONT, JULIETA, ENRIQUE. Al levantarse el telón todos los personajes están sentados alrededor de la mesa en que acaban de cenar en la sala de banquetes. Amelin brinda

Amel. Así, pues, señoras y señores. S. M. Alberto, rey de los belgas, ha demostrado una vez más, su amor al país, premiando en nuestro querido amigo, Gustavo Desider, toda una vida consagrada al florecimiento de la industria nacional. Renuncio á pintaros con qué íntima satisfacción nos hemos reunido esta noche para festejar al agraciado. Brindo, pues, por el nuevo caballero de la real y distinguida orden de Leopoldo. (Vivas, aplausos. Luego la orquesta toca el Himno Nacional.) Querido Desider: la dependencia de tu casa me ha encargado que te ofrezca en su nombre las insignias de la condecoración. Yo, á mi vez, declino en la señorita Clara el honor, que ella supo merecer, de prenderte esta cruz en el ójal. (Clara lo hace así. Todo el mundo de pie. Aclamaciones y aplausos.)

Des. (Después de reclamar silencio haciendo sonar una cu-

charilla contra una copa.) Señoras y señores. Mentiría como un bellaco si os dijera que alguna vez había sentido tan honda emoción cual la que ahora experimento. Ni el día de mi primera comunión, que tiene fama de ser el más feliz de la vida. Ni aquel en que salí á la calle con mi pantaloncito largo... ni aún el de mi matrimonio y eso que entonces no daba pie con bola. ¿Te acuerdas, Clementina? ¡Son cuatro fechas inolvidables! ¡Qué *triumvirato!* Pero la primera comunión simboliza la inocencia. El pantalón largo el hombre que nace. El matrimonio la felicidad... La condecoración es la gloria. La apoteosis. No temais, sin embargo, que me desvanezcan los honores... Las aguilas sabemos volar sin sentir el vértigo de las alturas... Seré el mismo de siempre: Desider. En la antigüedad, los reyes le daban al último de sus vasallos el simbólico espaldarazo y le decía: ¡Te hago noble! Y el nuevo caballero se incorporaba y no se ponía tonto por eso. Lo mismo haré yo: ¿Me conceden una cruz? Pues .. tan fresco... Prometo seguir mostrándome generoso, modesto, afable con todò el mundo... ¿Orgullosa yo? ¡Ah, señores, eso no! Pero... cumplidor de los deberes que mi nuevo rango me impone. ¡Ah, señores, eso sí! Sé de sobra que desde hoy pertenezco á la escogida falange que se agrupa en torno de nuestras instituciones... Pues, bien, señores, yo me agruparé... Y para empezar á demostrarlo, os invito á que brindemos por S. M. el rey Alberto y por su apreciable familia, á los acordes del Himno Nacional. (La orquesta toca el Himno belga. Aclamaciones. Todo el mundo de pie.) Y ahora, los que deseen fumar, pueden hacerlo en el saloncito que hay al fin del comedor. He dispuesto que á los íntimos nos sirvan el café en el gabinete azul, mientras se ultiman los preparativos para el cotilión... (Ofreciéndole el brazo á Rudegunda Dumont.) ¿Acepta usted mi brazo, Rudegunda?

Rud.

Con mucho gusto, señor Desider... (A Luisa.)
Luisita, hija mía, ven con nosotros.

- Des.** (A Andrés.) Andrés, ¿dónde vas?
And. A atender á los otros invitados.
Des. Sí... pero luego... Antes ofrece el brazo á esta señorita. (Por Luisa. A Rudegunda.) ¡Qué linda pareja! (Descienden así: Desider dando el brazo á Rudegunda, Amelin á Clementina, Andrés á Luisa. Detrás Clara.)
- Luisa** (A Andrés.) ¡Muchas gracias!
And. No hay de qué, señorita... Con su permiso voy á ver si sirven el café. (Vase.)
- Rud.** La comida ha sido excelente.
Clem. ¿Verdad que sí?
Rud. ¡Qué helado tan frío! Le he de pedir la receta al Maitre d'Hotel.
Clem. Yo no puedo con el helado. Me corta la digestión.
Rud. Fué una feliz idea celebrar esta fiesta en el Restaurant.
Clem. Resulta siempre mejor y más barato que en casa. Cuando *Elefante* ganó la copa de Bruselas me pusieron perdidas las alfombras. Y me inutilizaron una vajilla de precio. Eso sin contar con que la servidumbre aprovecha la ocasión para hacer desaparecer los cubiertos y echar después la culpa á los invitados.
Rud. Los invitados son más decentes; cuando lo hacen ellos, no le echan la culpa á nadie... Hay gente para todo... Y esa manía está muy extendida ahora. Dicen que es una enfermedad.
Clem. ¿Sí? Pues esa enfermedad tiene fácil remedio.
Rud. ¿Cuál?
Clem. No le venden en la botica: la vergüenza en grandes dosis.
Des. Julieta... Se nos olvidaba lo mejor... Julieta... ¿Y las sorpresas?
Jul. Es verdad, papá. Voy á buscarlas.
Des. Ya sabes. Aquel paquete que está junto al guardarropa.
Jul. ¿Me acompañas, Enrique?
Enr. Te acompaño. (Julieta y Enrique que se habían quedado durante toda la escena en segundo término, salen.)

ESCENA II

DESIDER, AMELIN, RUDEGUNDA, CLEMENTINA, CLARA, LUISA

Des. ¡Qué tontería! Si no hay nada más divertido que las sorpresas.

Clara (A Amelin.) Muchas gracias, por esas frases tan amables que me ha dedicado usted en su discurso.

Amel. Le hice á usted justicia. Es usted quien ha ganado la condecoración.

Clara De todos modos, muchas gracias.

(Los Mozos traen el servicio de café y lo depositan sobre los veladores dispuestos en primer término.)

Rud. (A Clementina.) Ya comprenderá usted que mi hija no podía casarse con semejante pelagatos. Luisa es millonaria... y él... ¡averiguamos que debía seis meses de hospedaje!

Clem. ¡Qué horror!

Rud. Y doscientos francos á la lavandera. ¡Calcule usted!

Clara Se ve que al menos era limpio.

Rud. Sí: mucha higiene y poca aprensión. Hoy los jóvenes presumen de limpios, pero es para despistar. Antes se lavaban menos pero trabajaban. Mi marido, ya usted lo sabe, de la nada logró labrarse una fortuna con la cerveza. Y solo gastaba jabón los domingos.

ESCENA III

DICHOS y ANTONIO, Antonio descende hacia el velador de la derecha donde Clara se dispone á servir el café que irá á ofrecer á Rudegunda y Clementina. En escena DESIDER, CLEMENTINA, RUDEGUNDA, CLARA, ANTONIO, LUISA y AMELIN

Des. (En grupo con su mujer y Rudegunda.) Hizo usted bien, señora. Su difunto esposo, el señor Dumont, no hubiera jamás consentido un matrimonio tan desigual. Hay que mirarse mucho antes de entregar á una hija.

Rud. ¿Y ustedes? ¿Cuándo casan á Julieta? Creo que ya es cosa hecha.

- Clem.** Sí. La boda se celebrara en Mayo próximo.
Rud. Es la mejor estación para pasar la luna de miel, ¿verdad, Luisa?
- Luisa**
Des. ¡Ah! A mí me es igual.
Pero, ¿no viene ese café? ¡Ah, ya está aquí! (Se dirige hacia el velador de la derecha.) A propósito, Eduardo, ¿has leído lo que dice *El Sport Hípico* del último triunfo de *Elefante*?
(Clara lleva dos tazas de café á Clementina y Rudegunda.)
- Rud.** Y usted, Clarita, ¿no piensa usted en casarse?
- Clara** Hasta el presente, señora, ni tiempo he tenido de pensarlo.
- Clem.** Es verdad. ¡Está siempre tan ocupada! No hace el efecto de ser lo que es: una muchacha casadera.
- Clara** Yo misma acabaré por olvidarlo. ¿Dos terrones?
- Rud.** Tres... muchas gracias.
Clem. A mí uno solo.
Rud. Pues eso no está bien, Clara. Hay que pensar en el porvenir.
- Clem.** Un poco de leche.
Rud. Y en el qué dirán. Una muchacha como usted, debe casarse. Hay tan malas lenguas.
- Clara** ¡Ah!
Clem. Por más que á mí me parece que esta señorita tiene ya hecha su elección.
- Rud.** ¿Ah, sí? ¿Y puede saberse quién es el favorecido?
- Clem.** No está muy lejos de aquí...
(Dirige una mirada á Antonio. Este, ante el velador opuesto trata en vano de servirse azúcar con las pinzas. Mira á un lado y á otro; no creyéndose observado, coge con los dedos un terrón sin soltar las pinzas con la otra mano. Al ver que de pronto le miran Rudegunda y su hija, coloca el terrón que tiene entre los dedos de las pinzas y muy azarado deja caer el azúcar en la taza.)
- Clara** ¡Señora, por Dios! (Se aleja.)

ESCENA IV

DESIDER, AMELIN, ANTONIO, CLARA, CLEMENTINA, RUDEGUNDA, GERMANA, JULIETA y ENRIQUE

Jul. (Entrando con Enrique.) ¡Aquí están las sorpresas!

Des. Vengan. Es un juego galante. ¡Cuidado con derrochar! Van ustedes á ver. Una señora y un caballero tiran, así, cada uno de un lado. Hace ¡pum! Tienen un fulminante dentro... y sale un gorro de papel ... y una poesía... ¡Verán, verán qué bonito!

(Suenan los fulminantes de las sorpresas. De cada una sale un gorro frigio, una caperuza, tricornos, etc., etcétera. Risas, chillidos. Antonio, Clementina y Luisa juegan en un grupo. Julieta y Enrique en el fondo rompen con los otros invitados, las sorpresas que quedan.)

Amel. (Que ha roto una con Clara.) Lea usted los versos... Chits, silencio... Escuchad.

Clara (Risueña lee.)

Rubias, cándidas doncellas,
tan bellas como inocentes...

Si os fiáis de los tenientes...

os harán ver las estrellas.

Clem. ¡Qué bonitos!

Des. ¡Y muy intencionados sobre todo! Ahí van los míos. (A Rudegunda.) Escuche usted, señora, mi respuesta:

No temas: esta explosión
no es el rumor del cañón,

en el campo de batalla;

es mi amante corazón

que, al sentirte cerca, estalla.

Rud. (Ruborizada.) ¡Qué lindos, pero qué lindos son esos versos! Muchas gracias, señor Desider.

Des. (Galante.) No hay de qué, señora.

Luisa Pero eso no vale, señor Desider. Hay que recitar los versos con el gorro de papel puesto... ¡Así!

(Se pone cada uno el que le haya salido en su sorpresa.)

- Rud. Es verdad... ¿Qué le ha salido á usted?
Des. Aún no lo he desdoblado... A ver... ¡Anda, si es el tricornio de Napoleón! (Se lo pone y adopta la actitud característica de Bonaparte.)
- Todos ¡Bravo! ¡Viva el Emperador!
Des. Me parece que me viene un poco ancho... ¿No? ¡Napoleón en el final de un ramillete colosal!
- Rud. No, á la medida.
Des. No haga usted caso: una simple casualidad... Porque entre Napoleón y yo hay una diferencia. Mientras él repartía las cruces, yo me contento con que me den una.
- Rud. También eso es muy honroso.
Des. Sí... ¿No le he contado á usted cómo fué el concedérmela?
- Rud. No. Cuente usted, cuente usted.
Des. Fué en mi conversaci3n con el Rey el día que estuvo á inaugurar la Exposici3n, ¿verdad, Clara?
- Clara En efecto.
Des. Yo estaba á la entrada de mi instalaci3n, con mis buenos guantes blancos al frente de todo el personal. Amelin, aqu3, en semejante sitio. Clementina .. no la princesa Clementina, mi mujer... ya usted me entiende... A mi lado. En esto Alberto—Alberto es el Rey—hace su entrada con su séquito. Conque va y saluda á Clementina. Clementina le contesta con una reverencia de corte que yo le hab3a hecho ensayar toda la mañana. Una gran inclinaci3n... y ¡cataplúm! se cae de espaldas, quedándose sentada en el suelo...
- Clem. Se me enredó el pié en la falda y no podía soltarlo.
Des. Al Rey le hizo gracia el percance... Bueno, pues va y me dice: «¿C3mo sigue usted, señor Desider?» Yo le contesto: Nos vamos defendiendo, Señor... «Tiene usted una instalaci3n preciosa»—añade. Se hace lo que se puede. «Y estos muebles, ¿serán sólidos?» — dice—fijándose en un «secretaire» con incrustaciones. — ¡Señor!—exclamo—casi tan sólidos como la dinast3a de Vuestra Majestad. Entonces el Rey se vuelve discretamen-

te hacia el jefe del Gobierno como para hacer... (Guiña un ojo.) Pero ya comprenderá usted que un Rey no guiña un ojo jamás... Sería poco mayestático... Se sonrió insinuantemente. Es muy listo el Rey. Las coge volando. En esto distingue á mi consocio Amelin y se dirige á él: — «Veo que te interesas mucho en la industria mobiliaria...— dice—pero supongo que no por eso—dice—te olvidas del fomento de la cría caballar.» No, Señor:—apunto yo. —El señor Amelin atiende ahora á los caballos y á las *sillas*. Y el Rey, se vuelve otra vez como diciendo: ¿Eh, qué tal? Al despedirse insistió Su Majestad, muy amable: —«Le felicito á usted de todo corazón. Tiene usted un departamento muy bien decorado...» Yo cojo la ocasión por los pelos: —Señor, yo nada más *decoro*: Vuestra Majestad, á veces, *condecora*. Qué indirecta, ¿eh? El Rey no la echó en saco roto... Y me concedió la cruz... ¿No fué así, señorita Clara?

Clara
Rud.

Exactamente.

Des.

¡Qué interesante es eso! Se mostró usted muy ingenioso al hablar con Su Majestad. Si es lo que yo digo: Se figura la gente que las cruces se consiguen á fuerza de influencias y recomendaciones,.. ¡Qué error! Aquí, en Bélgica, como en la Corte del Rey Sol, un chiste ingenioso basta á veces para hacer la suerte del que lo dice... Eso sí; hay que decir'o con oportunidad. Y ahora, señores míos, con su permiso, voy á fumar un cigarrillo con los demás invitados... Un *buen anfitrión* debe cumplir con todo el mundo... ¿Me acompañas, Amelin?

Amel.

Con mucho gusto. (Desider y Amelin vanse.)

ESCENA V

CLEMENTINA, RUDEGUNDA, CLARA, LUISA, ANDRÉS y ANTONIO. Andrés aparece por el foro

Clem.

Andrés, á la señorita Dumont, no le han servido café.

- And.** (Que se dirige á Clara.) ¡Ah!
- Clara** (Bajo á Andrés.) Llévele usted una taza de café á esa señorita.
- And.** (Bajo á Clara.) Es mema.
- Clara** (Bajo.) No. Es muy simpática.
- And.** (Bajo.) A mí no me dice nada. ¿Tiene usted mucho empeño en que la sirva?
- Clara** (Bajo.) Sí, y su mamá también.
- And.** (De mala gana. Con amabilidad forzada, sirve una taza de café para llevársela a Luisa Dumont.)
- Clem.** Pero, Andrés, hijo mio, ¿qué piensas?...
And. Voy, mamá. Estoy echando café para esa señorita. (Acercándose á Luisa con la taza de café.) Perdone usted, no había visto que... ¿Una tacita?
- (Rudegunda empuja á su hija hacia Andrés y se separa un poco llevándose á Clementina.)
- Luisa** Me es igual... (Tomando la taza que le ofrece Andrés.)
- And.** ¿Cuántos terrones?
- Luisa** Me es igual, caballero.
- And.** (Aparte.) Con azúcar está peor.
- Rud.** (A Clementina.) Son muy simpáticos.
- Clem.** Sí...
- And.** Sigue diciéndome muy poco... (Aburrido va á plantar á Luisa, cuando ve á Clara hablando con Antonio. Entonces se dirige nuevamente á Luisa con amabilidad cada vez más afectada.) ¡Qué modo de llover esta mañana!
- Luisa** ¡Y esta tarde, qué calor!
- And.** ¿Qué prefiere usted, el calor ó el frío?
- Luisa** Ni el calor, ni el frío.
- And.** Yo lo mismo. Ni frío, ni calor...
(Andrés y Luisa quedan frente á frente tomando el café sin decirse palabra.)
- Clara** (A Antonio.) ¿Dónde estará mi abrigo?
- Ant.** ¿Quiere usted marcharse ya?
- Clara** Cuanto antes mejor.
- Ant.** Si usted quiere, iré yo á buscarla un coche.
- Clara** Gracias, Antonio. Tengo uno á la puerta.
(Andrés mira hacia el grupo.)
- Ant.** ¿Se siente usted mal, acaso?
- Clara** No, no... Cansada, sí.
- Ant.** Voy por el abrigo. Se lo dejaré ahí, en el tocador.
- Clara** Gracias. (Antonio vase.)

ESCENA VI

ANDRÉS, CLARA, LUISA, CLEMENTINA y RUDEGUNDA

- And. (Separándose de Luisa. A Clara.) Tenía usted razón... Es una muchacha muy simpática.
- Clara ¿Verdad que sí?
- And. Y nada fea... De lejos, pierde mucho... Además, ¡tiene una conversacion!... Es fina, espiritual... ocurrentísima...
- Clara Es muy amable, ya se lo dije á usted.
- And. ¡Deliciosa! Y usted veo que se divierte mucho esta noche...
- Clara Muchísimo.
- And. Charlaba usted muy animadamente con Antonio... Tiene una conversación amenísima.
- Clara ¿Quién?
- And. Antonio.
- Clara Sí, muy amena.
- Clem. El baile va á empezar.
- Clara Ofrezca usted el brazo á la señorita Dumont.
- And. (A Luisa.) ¿Me concede usted este vals?
- Luisa Con mucho gusto.
(Vanse Luisa, Andrés, Clementina y Rudegunda.)

ESCENA VII

AMELIN y CLARA

- Amel. ¿No baila usted?
- Clara No.
- Amel. ¿Connigo tampoco?
- Clara Tampoco.
- Amel. ¿Está usted de mal humor?
- Clara Me aburro. No nací para esto. Es curioso, en una fiesta ¡me encuentro tan sola!
- Amel. (Tono de reproche.) Más vale sola, que mal acompañada.
- Clara A usted siempre le agradezco la compañía... Vamos á bailar.
- Amel. No; quedémonos aquí.
- Clara Prefiero bailar... Vamos. Bailemos. No sé si me acordaré. (Vanse.)

ESCENA VIII

DESIDER y RUDEGUNDA. Desider entra por la derecha. Se dirige al velador en que hay botellas y copitas, y se sirve una de Benedictino. Rudegunda entra por el foro levantando el cortinaje que separa el comedor de la escena

- Rud. Señor Desider... le he cogido á usted infraganti...
- Des. ¿Una copita de Benedictino, señora Dumont?
- Rud. ¡Ah, pérfido! Quiere usted comprar mi silencio con mi complicidad...
- Des. El Benedictino ayuda la digestión.
- Rud. Muchas gracias. No tomo nunca licores espirituosos...
- Des. Ande usted; esto es muy flojillo... El licor de las damas.
- Rud. Tomaré un sorbo nada más... No quiero mostrarme displicente.
- Des. Es usted muy amable.
- Rud. (Lánguida.) Ya... ya le he comprendido á usted antes.
- Des. ¿Qué es lo que ha comprendido usted?
- Rud. La poesía de la sorpresa...
- Des. ¡Ah, los versos! ¿Verdad que eran bonitos?
- Rud. ¡Qué transparente insinuación! Estuvo usted muy galante... Siempre, siempre lo fué usted.
- Des. Sí... es mi flaco...
- Rud. No, no se me ha olvidado todavía. Aunque los años pasan veloces, yo me acuerdo perfectamente de que usted, cuando éramos jóvenes, me miraba mucho... En paseo... en los bailes del Casino de la Amistad.. Llevaba usted una americana cruzada, á cuadros... un bigotillo rubio acaracolado... ¡Quién me había de decir que llegaría usted á ser caballero de la orden de Leopoldo!
- Des. Sí... ¡Qué sorpresas nos reserva el porvenir! Yo he llegado á ser Caballero.. y usted ha llegado á ser viuda. Al morir su esposo debió usted sufrir mucho.
- Rud. Sí; sobre todo, durante la enfermedad... Y pensar que soy viuda por usted...

- Des. (Dando un salto.) ¿Por mí?
Rud. Sí.
Des. A ver. A ver, explíqueme usted eso.
Rud. Ese es mi secreto, Gustavo.
Des. Guárdelo usted bien, no vaya á correr el rumor.
Rud. Sin embargo, es la pura verdad. Si usted se hubiera dado cuenta á tiempo... Ahora sería usted mi marido, y yo no me hubiera quedado viuda.
Des. (Tranquilizado.) ¡Ah, vamos!
Rud. ¡Qué guapo... qué guapo era usted!
Des. (Animándose.) Pues ¿y usted?
Rud. Ahora ya no lo soy...
Des. Aún, aún está usted frescota.
Rud. Gustavo, yo le amaba á usted en secreto.
Des. Pues hizo usted mal en no decírmelo.
Rud. ¿De veras? ¿Hice mal? ¡Ay! He perdido mi juventud.
Des. (Se le acerca echando lumbre.) Probemos á poner un anuncio en los periódicos. A ver si pa rece.
Rud. Es ya demasiado tarde.
Des. Las diez y media nada más.
Rud. ¡Seductor! (Desider entusiasmado la abraza.) ¡Gustavo! (La besa con frenesí. Sale Amelin. Rudegunda lanza un grito y vase.)

ESCENA IX

AMELIN y DESIDER

Desider mira confuso á Amelin y se rie

- Amel. ¿Qué?
Des. ¿Qué gracia tiene, verdad?
Amel. ¿El qué tiene gracia?
Des. (Siempre riendo.) Pero ¿no lo has visto?
Amel. No... No he visto nada.
Des. Vamos; no te hagas el desentendido...
Amel. Palabra de honor.
Des. Pues, chico, que está enamorada de mí.
Amel. ¿Quién?
Des. Rudegunda, esa foca.
Amel. ¿Cómo es eso?

- Des.** Si casi no lo sé. Estábamos los dos aquí sentados, tan tranquilos. De pronto ella dice cuatro palabras... yo contesto palabra y media... y empezamos á besarnos á la desesperada, como si fuera á acabarse el mundo... En eso llegas tú... Si no es por ti, me raptá. ¡Qué mujer tan... decidida! Se ve que los repetidos noviazgos de su hija la sacan de quicio.
- Amel.** ¿No habrá sido el champagne?
Des. Eduardo, necesito pedirte un favor.. Quiero pegársela á mi mujer... (Gesto de Amelin.) Sí... es la pura verdad... No la he engañado nunca.. y tengo tanta gana de pegársela, aunque sólo sea una vez.
- Amel.** Pues me parece que Rudegunda...
Des. ¿Rudegunda? Te la regalo. Eso no sería engañar á mi mujer... Sería engañarme de mujer nada más. No, no... Las cosas hacerlas bien ó no hacerlas... Quiero echar una cana al aire, pero con alguna de esas amiguitas que tú tienes.
- Amel.** ¡Gustavo!
Des. Una de esas amiguitas elegantes, perfumadas, que parecen princesas de alquiler... Encajes, medias caladas... sobre todo medias caladas.
- Amel.** A la vejez viruelas...
Des. Vamos, Eduardo, ayúdame... ¿Por una vez quién lo va á saber?...
- Amel.** Pero, Gustavo, tú no eres el mismo... No te conozco.
- Des.** Echate á ti mismo la culpa.
- Amel.** ¿Por qué?
Des. Al demonio se le ocurre. Hacerme pasar la vida en Villa Amelin. ¡En pleno campo y en plena locura! Esta influencia del aire libre y del nido de amor. Aquello es una constante invitación al idilio. Amorillos por todas partes. En el techo de cada habitación un fresco, con señoras más frescas todavía. ¿Quiero meterme en la cama? ¿Upido sostiene la lámpara eléctrica. ¿Entro en el comedor? Allí estoy en plena orgía romana. Dafnis y Cloe se acarician en el despacho... Venus Afrodita preside el tocador. Y por

todas partes pastores y pastoras... Sobre el verde césped. En la antesala Romeo y Julieta. En los jarrones Ninfas y Sátiros, palomas que untan el pico... *Venuses* al por mayor... No puedo abrir un armario, ni tirar de un cajón, ni cruzar una puerta sin que recorra mi cuerpo un escalofrío como si de repente fuera á encontrarme con la Dubarry ó la marquesa de Pompadour... Y me encuentro con mi mujer... Ya ves que la culpa es tuya...

- Amel.** ¡Cómo podía yo imaginar!...
- Des.** ¡Cómo podía yo imaginar! Mira, Eduardo, esas bromas no se le gastan á un amigo... ¡Encerrarme en una locura con mi mujer!...
- Amel.** Pues, hombre, habérmelo dicho antes. Te presentaré á lo mejorcito de Bruselas...
- Des.** ¿Antes? No me hubiera atrevido. Me intimidaba la idea de hablarle á una mujer de esas tan ricas.
- Amel.** ¿Y ahora?
- Des.** Ahora... ¡es muy distinto! ¡Ahora soy Caballero de la Orden de Leopoldo!
- Amel.** Desider...
- Des.** Amelin...
- Amel.** Tú estás borracho. La has cogido anacreónica.
- Des.** Sí... (Abraza y besa á Amelin.)
- Amel.** Ven .. Vamos á tomar el aire. (Vanse los dos.)

ESCENA X

DESIDER, AMELIN y ANDRÉS. Al salir tropiezan Desider y Amelin con Andrés.

- And.** ¡Ah, perdón! (Quiere cederles el paso.)
- Des.** Hijo mío, estoy contento... Sigue siempre el ejemplo de tu padre. El trabajo, hijo, el trabajo... La economía y la moralidad... La juventud necesita mucha moralidad... Vamos á tomar el aire... (Sale arrastrando á Amelin por el foro. Clara entra por la primera derecha)

ESCENA XI

CLARA y ANDRÉS

- And.** Buscándola á usted vengo, Clara.
Clara ¿A mí?... Usted dirá en qué puedo servirle, Andrés.
- And.** Hace algún tiempo, me anunció usted su propósito de casarse con Antonio.
- Clara** Sí, pero...
And. Perdone usted que le vuelva á hablar del asunto. No es por vana curiosidad...
Clara Ya lo supongo, Andrés.
And. Es que también yo voy á tomar una grave resolución... Y, antes de hacerlo, quiero consultar con usted.
- Clara** ¿Conmigo?
And. Desde luego... Tengo confianza en su buen sentido.. ¡Discurre usted siempre con tal aplomo, aun en las cosas del corazón...! que no he dudado en pedirle á usted consejo en una de las circunstancias más solemnes de mi vida.
- Clara** Me hace usted mucho favor...
And. Justicia nada más. Ahora, si usted hubiera cambiado de pensar en lo que á usted respecta...
- Clara** Yo cambio raras veces de pensar...
And. Raras veces... En el supuesto de que estuviéramos en una de esas veces raras... Yo le agradecería á usted mucho que me lo dijera... porque en tal caso... yo... como si no hubiera dicho nada... ¿Estamos? Bueno, pues... Clara, me voy á casar...
- Clara** ¡Ah!
And. No vaya usted á creer que me caso con una novia de limoncillo, como la otra vez...
- Clara** Ya supongo... ¿De quién se ha enamorado usted?
- And.** ¡Oh, oh!
Clara Porque, cuando usted se casa, es señal de que está enamorado.
- And.** Entonces, ¿cree usted que en el matrimonio es el amor una cosa indispensable?

- Clara** Naturalmente que sí.
And. Según eso, ¿usted no se casaría nunca con un hombre á quien no quisiera?
- Clara** Ahora no se trata de mí precisamente.
And. Dice usted que, para casarse, el amor es artículo de primera necesidad. Se va usted á casar. Y yo deduzco, lógicamente, que está usted enamorada... Pues, bien, sí; yo también lo estoy, ó no hay lógica en el mundo.
- Clara** ¡Ah!
And. ¿Le causa á usted impresión la noticia? Sí, sí, no lo niegue usted... Está usted emocionada ..
- Clara** ¿Qué tiene de particular?... Lo estoy... Estoy emocionada... La alegría... Somos amigos antiguos, Andrés... Una noticia de esa importancia... es natural que cause impresión... Y, ¿quién es ella?... ¿Es... bonita?
- And.** Pues... sí... bonita... A mí me lo parece, al menos.
- Clara** ¿Inteligente?
And. ¿Inteligente?... De eso estoy seguro: no. La señorita Dumont.
- Clara** ¡Vaya Andrés... que sea usted muy feliz!
And. ¿Cree usted que seré feliz? Fíjese bien en lo que dice. Está usted incurriendo en una gran responsabilidad.
- Clara** ¿Y? Ninguna.
And. Entonces, usted me aconseja...
Clara Le aconsejo que haga usted lo que le dicte su corazón... Dice usted que la quiere... Cátese usted con ella... es rica. Verá usted sus padres, qué contentos se van á poner.
- And.** ¿Y usted?
Clara Yo también. Yo también me casaré muy pronto. Necesito casarme, aunque solo sea para que la señora Dumont no hable de las malas lenguas. ¿Anunció usted ya á sus padres su resolución?
- And.** No, pienso decírselo esta misma noche.
Clara ¿Esta misma noche?
And. Esta misma noche.
Clara Ya verá usted, Andrés, cómo se alegran.
And. Sí. Eso creo.

ESCENA XII

DICHOS, DESIDER, AMELIN por el foro.

- Des.** No te molestes;... te aseguro que ya se me pasó... Ya estoy bien.
- Amel.** Ahora, descansa aquí un poco... Eso acabará de aliviarte.
- Clara** ¿Se ha puesto usted malo?
- And. .** ¿Qué es eso, papa, qué te ha sucedido?
- Des.** No; no ha sido nada... Un poco de mareo... nada. La cena que no me sentó del todo bien... un desarreglo gastronómico... Id, id á bailar el cotillón...
- And.** Yo me quedaré á hacerte compañía, papá.
- Des.** Que nó, hijo. Anda á divertirte.
- Clara** Señor Desider, su hijo prefiere quedarse con usted un ratito... tiene que hablarle... me parece... (Á Amelin.) Señor Amelin, ¿se atreve usted con el cotillón?
- Amel.** ¿El cotillón también?
- Clara** Sí; bailamos el cotillón.
- Amel.** Vaya por el cotillón... (Mutis los dos por foro.)

ESCENA XIII

DESIDER y ANDRÉS

- Des.** ¿Querías hablarme, hijo?
- And.** Sí, papá; me quiero casar.
- Des.** ¿Otra vez?
- And.** Sí; y muy pronto.
- Des.** ¡Qué prisa! Pero, supongo que esta vez no será...
- And.** Quiero casarme con Luisa Dumont...
- Des.** ¡Hijo de mi alma! Eso es una idea genial.
- And.** ¿Te parece?
- Des.** ¡Luisa Dumont!... ¡Un gran partido! Millón y medio de novios... digo... de francos... Los novios, creo que no han sido más que cinco... Siempre fué ella quien los dejó... Voy á darle á tu madre la noticia. ¡Qué contenta se va á poner!

- And.** No; prefiero que no digas nada á mamá.
Des. Pero, ¿es que no estáis de acuerdo todavía?
And. No... es decir, sí... Pero la madre aún lo ignora, y no quiero que mamá haga correr la noticia...
Des. Bien, hijo. Nada le diré á tu madre. Veo que la conoces. En secreto se lo contaría á todo el mundo.
And. ¿Me lo prometes formalmente?
Des. ¿No te fías de mi palabra? Pues, para que estés tranquilo... te juro por la salud de tu madre, que no le diré ni esto... Y ahora, ven á mis brazos, hijo mío. ¿Estás contento?
And. Sí, papá... muy contento...
Des. No, que no... ¡Buena moza te llevas, picaronzazo!... Y ahora que me acuerdo; está condecorada como yo.
And. ¿Condecorada?...
Des. Medalla de oro en la Exposición canina... Su perrita *setter* hizo sensación.
And. ¡Ah, sí!
Des. ¿Ves lo que yo te decía? Deja á tu padre, que todo se arreglará. No hay como los padres para conocer el corazón de los hijos. Y ahora vete á reunirte con tu novia, á bailar este cotillón.
And. Sí, papá. (Ella lo ha querido.) (Vase por el foro.)
Des. Grandísimo bobo... Casi llora de alegría... ¡Le conoceré yo!

ESCENA XIV

DESIDER y CLEMENTINA por la primera derecha

- Des.** Clementina, ven. (Al verla salir.)
Clem. (Saliendo por la primera derecha.) ¿Qué quieres, Gustavo?
Des. Darte una gran noticia.
Clem. ¿Cuál?
Des. Andrés se nos casa.
Clem. (Atragantándose.) ¿Y con quién?
Des. Con la señorita Luisa Dumont.
Clem. ¿De veras? ¡Es un gran partido!
Des. ¡Riquísimo!

- Clem.** ¡Tienen en Bruselas tres casas de cinco pisos! Así está ella tan solicitada.
- Des.** Mucho. Pero ella sólo quiere á Andrés. Es una pasión volcánica...
- Clem.** ¡Qué alegría! Por supuesto, que ya saben lo que se pescan madre é hija. Andrés no debe nada á la lavandera... ¡Qué contenta estoy! (Dirigiéndose al foro.) ¡Andrés!
- Des.** Pero, ¿qué estás haciendo?
- Clem.** ¡Andrés!
- Des.** (Cogiéndola del brazo y haciéndola descender.) Pero, ¿te has vuelto loca? ¡Calla! Andrés me ha perdido que no te lo dijera.
- Clem.** ¿A mí? ¿Por qué?
- Des.** (Confuso.) Sin duda quiere darte él mismo la sorpresa... Y, además, porque sabe que en seguida irías contándoselo á todo el mundo.
- Clem.** Y se fía de tí...
- Des.** Claro; los hombres sabemos guardar un secreto.
- Clem.** A la vista está. ¿Por qué me lo has dicho?
- Des.** Pues mira, es verdad; no había caído en la cuenta. Y he jurado por tu salud no decir nada.
- Clem.** (Sobresaltada.) ¡Ah! ¿Sí?
- Des.** Vete. Vete al salón de baile. Te echarán de menos...
- Clem.** Antes voy al tocador á darme una mano. Estoy sofocada. (Vase por la primera derecha.)

ESCENA XV

DESIDER, CLARA y AMELIN

Clara y Amelin entran por el foro

- Clara** Muchas gracias, señor Amelin... Pero no se moleste usted... Vuelva usted á la sala de baile... No será nada... La falta de costumbre... Me mareé un poco...
- Amel.** Espere usted un instante. Voy á traerle á usted un vaso de agua. (Vase por el foro.)
- Des.** ¿Qué es eso? ¿Se siente usted mal?
- Clara** No... no es nada... El calor... Y luego el señor Amelin baila como un muchacho...

- Des.** Está usted muy pálida.
- Clara** Pues ahora me siento bien... Ya pasó.
- Des.** ¿De veras?
- Clara** Sí, sí... No se preocupe usted... Atienda á los invitados .. Con su permiso voy á retirarme.
- Des.** ¿Quiere usted que mande buscar su abrigo?
- Clara** No, muchas gracias; lo tengo ahí en el tocador.
- Des.** De veras, ¿no necesita usted nada más?
- Clara** No; mil gracias.
- Des.** Entonces... Pero antes deje usted que la dé un abrazo... y que le diga: gracias.
- Clara** ¿Gracias?... ¿Por qué?
- Des.** Porque. . sí; no hay que dudarle; aun sin saberlo, es usted en gran parte la causa de nuestra felicidad... Lo recuerdo perfectamente. Cuando se le ocurrió á usted entrar en mi tiendecita, mis negocios iban mal. Yo no quería tomarla á usted de dependienta... Mi mujer se empeñó en que sí ¿A que no sabe usted por qué? Es muy curioso. Clementina me hizo notar que había usted entrado levantando el picaporte con la mano izquierda, y que eso había sido siempre en nuestra familia muy buena señal... Yo me ref. ¿Cómo iba á creer en esas paparruchas un comerciante del siglo XX? ¡Pues no son paparruchas! Confieso mi equivocación. Y la prueba es que desde ese momento todo nos ha salido bien. Y nos ha salido bien porque levantó usted el picaporte con la mano izquierda.
- Clara** Entonces no tiene usted nada que agradecerme. Fué pura casualidad.
- Des.** ¡Pues claro! En eso estriba la virtud: en que se haga sin saberlo y sin querer .. Pero es que yo le doy las gracias por eso y por algo más... Y esto sí que lo hizo usted queriendo. Yo sabía que mi hijo... sí... sí... es inútil que niegue usted .. Comprendo lo noble de su conducta .. Es usted muy buena .. y muy agradecida... acaso la he hecho á usted sufrir . sí... ¿verdad? Bueno... pues... le pido á usted perdón... ¿Comprende?
- Clara** Sí. Comprendo.
- Des.** Pero... se pone usted pálida otra vez... ¿No

pasa el mareo? Ese vaso de agua... ¿En qué estará pensando Amelin?
(Clara se deja caer vacilante sobre un sofá que habrá en primer término derecha.)

ESCENA XVI

DESIDER, CLARA y AMELIN

Amelin entra trayendo un vaso de agua y un frasco de azahar, por el foro

- Des.** ¡Ah!... ¡Ya era hora!
- Amel.** ¡No encontraban el azahar! ¿Está usted mejor?
- Des.** No. Ha tenido otro desvanecimiento. Tú tienes la culpa. Claro. La haces bailar como un muchacho...
- Amel.** ¿Quieres dejarme, hombre de Dios? Anda con tus invitados.
- Des.** Entonces encárgate tú de llevarla al coche.
- Amel.** Sí... sí... Vete. (Vase Desider por el foro.)

ESCENA XVII

AMELIN y CLARA

- Amel.** (Ofreciendo el vaso de agua á Clara.) Espere usted.. Un poco de azahar.
- Clara** No. Gracias. La prefiero solo. (Bebe.) ¡Qué frescal
- Amel.** ¿Pasa?
- Clara** Ya pasó. (Levantándose.) Muchas gracias... Fué sólo un mareillo pasajero. La atmósfera pesada... el baile... ¡Es curioso! Fatiga más bailar que trabajar. .
- Amel.** Sin embargo, á usted le sienta el baile mucho mejor.
- Clara** ¿Lo cree usted?
- Amel.** Lo aseguro.
- Clara** Me alegro de que me diga usted eso...
- Amel.** ¿Sí? ¿Por qué?
- Clara** Porque al principio, estuve en esta fiesta como aturdida, desorientada... Pero confieso

- que eso pasó. Ya he tomado tierra. La música, el baile, la animación de esta noche, me ha hecho ver un aspecto de la vida desconocido para mí... Pasarse los años detrás del mostrador no es muy agradable para una muchacha, señor Amelin... Los demás podrán haberlo olvidado, como dice mi ama la señora Desider, pero yo, á veces, lo recuerdo... Y eso quiero, que nadie lo olvide, ¡ea! (Mirándose al espejo.) Ahora estoy feucha... porque estoy pálida... Pero hace un momento, mientras bailaba, me miré al espejo... y tenía muy buen color... y no estaba mal del todo.
- Amel. Como ahora.
- Clara ¡Seré tonta! ¡Pues no me vuelvo á sofocar!
- Amel. ¿Y qué, si usted misma reconoce que le sienta bien?
- Clara ¡Oh!
- Amel. Y yo también lo digo. ¡Qué bonita está usted así!
- Clara Es usted muy amable.
- Amel. Clara, es usted preciosa... ¿Ve usted? Ya está aquí la dependienta... Desarrugue usted ese entrecejo... Esta noche la señorita Clara no existe. Se ha evaporado. Queda en su lugar una deliciosa personita... amable, simpática... ¿Verdad que sí? La señorita Clara Frenois.
- Clara Tiene usted razón. Ya no me acordaba de Clara Frenois. Yo no era ya más que la señorita Clara... Clara á secas... (Haciendo una reverencia ante el espejo.) Señorita Clara Frenois... mucho gusto en reconocerla... Pero, ¡qué cambiada está usted!
- Amel. Muy cambiada.
- Clara Voy de gran gala... y eso siempre favorece, señor Amelin.
- Amel. Señorita Clara Frenois... (Se sienta á su lado.) he visto en el mismo instante en que se miraba en ese espejo, el pesar retratado en sus ojos... Clara... Deje usted que yo la arranque de esa vida que no es la de usted...
- Clara Señor Amelin...
- Amel. No me ataje, se lo suplico. Cien veces me propuse decirle á usted lo que ahora le diré,

cueste lo que cueste, y otras tantas encontró mi timidez pretexto para obligar á enmudecer...

Clara No, señor Amelin. No lo diga, yo se lo ruego... no lo diga.

Amel. Clara, la quiero á usted. Esa felicidad que usted merece, se la daré yo... intentaré dársela yo... (Clara se levanta y Amelin también.)
¿Quiere usted, Clara? ¿Llora usted?... ¡Sí! comprendo... Ofende su honradez mi proposición... Pues bien... Voy á darle á usted la prueba más alta del respeto que me inspira... Si lo que la ofrezco le parece humillante ó ridículo, no se vuelva usted siquiera, se lo ruego... Váyase usted en silencio y sin mirar... ¿Quiere usted ser mi mujer? (Clara llora dulcemente inmóvil.) Sí... Comprendo... no se mueve. . así me contesta... (Clara se vuelve hacia Amelin y llora.) ¡Pobrecita mía! ¿Me guarda usted rencor?

Clara ¡Ah... no!

Amel. ¿De veras?

Clara Huir con usted... Tal vez lo hubiera hecho esta noche... No sé qué siento en mí... Me parece haberme escapado de no sé dónde, de mí misma... sólo que...

Amel. Solo que no me quiere usted...

Clara No, señor Amelin, no puedo mentir. No le quiero; sin embargo, me ha hecho usted sentir una gran emoción... Porque, en fin, yo sé que usted me juzgaba indigna de ser hermana de su hijo, al conocer mi cariño... y hoy quería usted ponerme en el lugar de su madre... Y, la verdad, eso me emocionó; lo confieso.

Amel. Clara, ¿le quiere usted todavía?

Clara ¿A quién?

Amel. A Andrés... ¿Quererle es poco, verdad? Perdóneme, Clara. Perdone usted á este viejo chiflado... Fué una locura... ¡Ya pasó!... La hacía desgraciada, queriendo hacerla feliz... Ahora comprendo que me equivoqué... en treinta años nada más... (Se dirige hacia el foro y llama.) ¡Desider! ¡Desider!

ESCENA XVIII

DICHOS, DESIDER y ANDRÉS por el foro

- Des.** ¿Me llamabas?
Amel. Ven aquí.
And. Señor Amelin.
Amel. Dale la mano á la señorita Clara.
And. ¡Clara!
(Amelin junta las manos de Clara y Andrés.)
Des. ¿Aún sigue el cotillón?
Amel. Gustavo, si dentro de un mes no se ha casado el pillastre de tu hijo con esta señorita... me opondré á la boda de Enrique y Julieta... y romperé nuestra Sociedad en comandita. Con que tu verás lo que haces... ¡Ah! Y has de saber que ya no es huérfana Clara Frenois... Desde esta noche me tiene por padre á mí... (A Clara.) Y, ahora, ¿tampoco me quiere usted dar un abrazo? (Clara se echa en los brazos de Amelin.)

ESCENA XIX

DICHOS y CLEMENTINA por el foro

- Clem.** Andrés... Te busco hace una hora... La señorita Dumont, se quiere marchar..
Des. Déjala que se vaya... ¡Seis! ¡Ya tiene la media docena!
(Telón.)

FIN DE LA COMEDIA

VARIANTE



**En los teatros cuyo escenario sea reducido,
las primeras escenas del tercer acto podrán
ser representadas del modo siguiente**

ACTO TERCERO

Un salón lujoso con gran puerta al foro, desde la cual se verá otro salón. Puertas en primero y segundo término derecha. Balcón en segundo término izquierda. Alfombra de losas. Aparato de luz eléctrica elegante y encendido.

ESCENA PRIMERA

AMELIN, ANTONIO, CLARA, DESIDER, RUDEGUNDA, (señora de Dumont); LUISA, CLEMENTINA, JULIETA, ENRIQUE y ANDRÉS
Van saliendo del salón de banquetes por parejas y del brazo: Amelin y Clara; Rudegunda y Desider; Clementina y Antonio; Luisa y Andrés; Julieta y Enrique; y van tomando asiento en torno á las mesas volantes esparcidas por la escena. Al levantarse el telón se oye
la música dentro

- Rud.** ¡Es usted muy amable, señor Desider, agradezco con toda el alma sus deferencias!
- Des.** Señora Dumont, la simpatía no puede estar oculta ante tanta belleza.
- Clem.** La comida ha sido excelente. ¿Verdad que sí?

- Rud. ¡Qué helado tan frío! ¡Le he de pedir la receta *al maitre d'Hotel*.
- Clem. Yo no puedo con el helado. Me corta la digestión.
- Rud. Fué una feliz idea celebrar esta fiesta en el *restaurant*.
- Clem. Resulta mejor y más barato que en casa. Eso sin contar con que la servidumbre aprovecha siempre la ocasión para hacer desaparecer los cubiertos y echar la culpa á los invitados.
- Rud. Los invitados son más decentes. Cuando lo hacen ellos no le echan la culpa á nadie.
- Amel. (En otro grupo.) No hay que dudarlo, señores, S. M. Alberto I, rey de los Belgas, ha dado una prueba de alta política y alta administración, ha demostrado una vez más su amor al país premiando en nuestro querido amigo Gustavo Desider toda una vida consagrada al florecimiento de la industria nacional. Renuncio á pintaros con qué íntima satisfacción nos hemos reunido esta noche para festejar al nuevo caballero de la Real y distinguida Orden de Leopoldo. Que pase la Comisión. La dependencia de tu casa me ha encargado que entre los postres y el café, te ofrezca en su nombre las insignias de la condecoración. Como ha llegado el momento, yo, á mi vez, declino en la señorita Clara el honor que ella supo merecer, de colocarte esta Cruz. ¡Señoras, caballeros; demos al acto toda la solemnidad que requiere! ¡En pie todo el mundo! (Obedecen todos.)
- Inv. 1.º ¡Viva el señor Desider!
- Todos ¡Viva!
- (Clara coloca en el ojal de Desider la roseta de la condecoración. Aclamaciones y aplausos.)
- Des. ¡Ah, señoras! ¡Ah, señores! Mentiría como un bellaco si os dijera que había sentido alguna vez una emoción parecida á la que ahora experimento. ¡Ni el día de mi boda, y eso que tampoco sabía entonces dónde tenía la cabeza! ¿Te acuerdas, Clementina? Y es porque el matrimonio simboliza la felicidad, pero la condecoración... ¡es la gloria! ¡Es la apoteosis de mi vida! No temais, sin embar-

go, que me desvanezcan los honores. Las águilas sabemos volar sin sentir el vértigo de las alturas. Seré el mismo de siempre: ¡Desider! ¿Me conceden una Cruz?... Pues tan fresco. Prometo seguir haciendo mi vida ordinaria... Si es posible más ordinaria que de costumbre. ¿Orgullosa yo? ¡Ah, señores, eso no! Pero fiel... cumplidor de los deberes que mi nuevo rango me impone... ¡Ah, señores, eso sí! Sé de sobra que desde hoy perteneces a la escogida falange que se agrupa en torno de nuestras instituciones... Pues bien, señores, yo me agruparé y continuaré agrupado aunque me quede solo, hasta el último minuto de mi existencia. (Aplausos otra vez.)

Inv. 1.º ¡Viva Desider! (Salen los mozos con el servicio de café.)

Todos ¡Viva!

Des. Gracias, muchas gracias. Seguid disfrutando de la fiesta y contad con el agradecimiento de vuestro Jefe. ¡Al baile! Y nosotros tomemos café á la salud de Su Majestad el Rey Alberto.

Clara (A Amelin.) Gracias por las frases amables que me ha dedicado usted en su discurso.

Amel. La hice á usted justicia. Es usted quien ha ganado la condecoración.

Clara De todos modos, muchas gracias.

Rud. (A Clementina.) Ya comprenderá usted que mi hija no podía casarse con semejante pelagatos. Luisa es millonaria.

Clem. ¿Sí? por eso ha despreciado tantos pretendientes.

Rud Despreciado, sí, señora; esa es la palabra.

Clem. Creo que con este han sido cinco... ¿no?

Rud. Justamente, sí, señora; este hacía el quinto. Y ya ve usted, ¡averiguamos que debía seis meses de hospedaje!

Clem. ¡Qué horror!

Rud. Y doscientos francos á la lavandera. ¡Calcule usted!

Clem. Se ve que, al menos, era limpio.

Rud. Sí, mucha higiene y poca aprensión. Hoy los jóvenes presumen de limpios, pero es para despistar. Antes se lavaban menos,

pero trabajaban. Mi marido, ya usted lo sabe, no era una tacita de plata precisamente, pero supo hacer una fortuna con la cerveza.

- Des.** (Acercándose al grupo de Clementina y Rudegunda.) Hizo usted bien, señora; su difunto esposo, el señor Dumont, no hubiera jamás consentido un matrimonio tan desigual. Hay que mirarse mucho antes de entregar á una hija.
- Rud.** Y ustedes, ¿cuándo casan á Julieta? Creo que es cosa decidida.
- Clem.** Sí; ya la ha perdido Enrique. La boda se celebrará en Mayo próximo.
- Rud.** Es la mejor estación para pasar la luna de miel. ¿Verdad, Luisa?
- Luisa** ¡Ah! A mí me es igual.
- Des.** Pero, ¿cómo? ¿no tienen ustedes café todavía? ¡Clarita, por Dios!
- Clara** Voy, voy en seguida. (Se acerca al velador y sirve en las dos tazas.)
- Rud.** (A Clara.) Y usted, joven, ¿no piensa en casarse?
- Clara** Hasta el presente, señora, ni tiempo he tenido de pensarlo.
- Clem.** Es verdad. ¡Está siempre tan ocupada! No parece una muchacha casadera.
- Clara** Yo misma acabaré por olvidar que lo soy. ¿Dos terrones?
- Rud.** Tres... muchas gracias.
- Clem.** A mí, uno sólo.
- Rud.** Pues eso no está bien, Clara. Hay que pensar en el porvenir.
- Clara** Sí, claro.
- Rud.** Y en el qué dirán. Una muchacha como usted debe casarse. ¡Hay tan malas lenguas!
- Clem.** ¡Vaya si las hay! Pero á mí me parece que esta señorita tiene ya hecha su elección.
- Rud.** ¡Ah!... ¿sí? Y... ¿puede saberse quién es el favorecido?
- Clem.** No está muy lejos de aquí. (Dirige una mirada á Antonio. Este, ante el velador opuesto, trata en vano de servirse azúcar con las pinzas. Mira á un lado y otro no creyéndose observado, coge con los dedos un terrón sin soltar las pinzas de la otra mano. Al ver que de pronto le miran Rudegunda y su hija, coloca el terrón que tiene entre los dedos de las pinzas, y muy azorado, deja caer el azúcar en la taza.)

- Clara** ¡Señora, por Dios! (Se separa del grupo.)
Des. (A Amelin.) ¿Has visto el último número del *Sport hípico*? Me dedica un espacio muy grande.
- Amel.** ¿Sí, eh? ¡Qué suertel!
Des. ¡Vaya! Habla en primer lugar del último triunfo de *Artajerjes*, luego de la próxima boda de Julieta, y por último, de la concepción de la cruz. Lo que siento es que no cuenta cómo me la dieron, y eso es lo más curioso.
- Rud.** ¿De veras?
Des. Pero, ¿usted no lo sabe?
Rud. No; cuente, cuente.
Des. Fué en mi conversación con el Rey, el día en que estuvo á inaugurar la Exposición. ¿Verdad, Clara?
- Clara** Verdad, entonces fué.
Des. Yo estaba á la entrada de mi instalación, imponente, con mis guantes blancos, al frente de todo el personal. Amelin, aquí, en semejante sitio, y Clementina, mi mujer, á mi lado. En esto Alberto, Alberto es el Rey.
- Todos** Sí... sí...
Des. Hace su entrada con su séquito. Se acerca á nosotros y saluda á Clementina, ella contesta con una reverencia de corte que yo le había hecho ensayar toda la mañana. Una gran inclinación y... ¡cataplum! se cae de espaldas y se queda sentada en el suelo. (sonrisas.)
- Clem.** Se me enredó el pie en la falda y no pude soltarlo.
Des. Al Rey le hizo gracia el percance. Bueno, pues va y me dice: «¿Cómo le va, Desider? Yo le contesto. «No también como á Vuestra Majestad.» ¿Eh? ¡primer chiste! En seguida añade: «¡Tiene usted una instalación preciosa!» Y yo respondo: «Se hace lo que se puede.» En esto, distingue á mi consocio Amelin y se dirige á él: «Veo que te interesas mucho por la industria mobiliaria —le dice—pero supongo que no abandonarás por eso el fomento de la cría caballar.» No, señor;—salté yo—el señor Amelin atien-

de ahora á los caballos y á las *sillas*.» (Risas.) Y el Rey guiñó el ojo al Jefe del Gobierno como diciéndole: ¿eh? ¿Qué tal? Ya nos ha soltado dos chistes; porque, el Rey las caza volando. Por último, al despedirse me dice: «Le felicito á usted de todo corazón Tiene usted un departamento muy bien decorado.» Yo aproveché la ocasión y le dije: «Señor: yo únicamente decoro: Vuestra Real Majestad á veces *condecora*.» (Risas.) ¡Qué indirecta! ¿Eh? El Rey no la echó en saco roto y me concedió la Cruz. ¿No fué así, señorita Clara?

- Clara** Exactamente.
Rud. ¡Qué interesante es eso y qué gracioso estuvo usted al hablar con Su Majestad!
- Des.** Señora, usted siempre tan amable...
Rud. Y usted tan simpático.
Des. Y ahora, señoras mías, con su permiso voy á fumar un cigarrillo con los demás invitados mientras empieza el baile. Un *buen anfitrión* debe cumplir con todo el mundo. ¿Me acompañas, Amelín?
- Amel.** Con mucho gusto.
Des. Señoras, al baile. (Vase por la primera derecha.)
Enr. Yo voy á preparar las figuras para el cotillón. ¿Me acompañas, Julieta?
- Jul.** Vamos allá.
Enr. Verás. Hemos traído unos juguetes preciosos. (Vanse por el foro.)

ESCENA II

CLEMENTINA RUDEGUNDA, CLARA, LUISA, ANDRÉS
y ANTONIO

- Clem.** Andrés, á la señorita Dumont nadie la ha servido café todavía.
And. ¡Ah! (A Clara.) ¿Pero cómo ha sido eso?
Clara (Aparte á Andrés.) Me he olvidado adrede para que fuera usted quien se lo sirviera.
And. ¡Eso nunca!
Clara ¿Por qué? Es muy agradable.
And. ¿De veras tiene usted mucho empeño en que la sirva?

- Clara** Sí y su mamá también. (Pausa. Andrés, de mala gana, prepara una taza de café para llevarla á Luisa Dumont.)
- Clem.** Pero Andrés, hijo, ¿en qué piensas?
- And.** Voy, mamá, estoy echando café para esa señorita. (Acercándose á Luisa con la taza.) Perdóneme usted; no había visto que... ¿Una tacita? (Rudegunda empuja á su hija hacia Andrés y se separa un poco, llevándose á Clementina.)
- Luisa** Me es igual. (Tomando la taza que le ofrece Andrés.)
- And.** ¿Cuántos terrones?
- Luisa** Me es igual, caballero.
- And.** (Con azúcar va á estar peor.)
- Rud.** (A Clementina.) Son muy simpáticos.
- Clem.** Sí... (Pausa. Andrés intenta hablar algo con Luisa, pero no puede.)
- And.** (La verdad es que me interesa poco esta señorita.) (Aburrido, va separándose de ella poco á poco, cuando ve á Clara hablando con Antonio. Entonces se dirige nuevamente á Luisa con amabilidad, cada vez más afectada.) ¡Qué modo de llover esta mañana! ¿Ha visto usted?
- Luisa** Sí, sí; y esta tarde ¡qué calor!
- And.** ¿Qué prefiere usted el calor ó el frío?
- Luisa** Me es igual. Ni el calor ni el frío.
- And.** Yo lo mismo. Ni frío ni calor. (Andan de frente, tomando ella el café y ambos sin decir una palabra.)
- Clara** (A Antonio.) ¿Dónde estará mi abrigo?
- Ant.** ¿Quiere usted marcharse ya?
- Clara** Cuanto antes mejor.
- Ant.** Si usted quiere, iré á buscar un coche.
- Clara** Gracias, Antonio, no es preciso, tomaré el primero que pase. (Andrés mira hacia el grupo.)
- Ant.** ¿Se siente usted mal acaso?
- Clara** No, no; cansada sí.
- Ant.** Entonces... Voy por el abrigo. Se lo dejaré ahí, en el tocador.
- Clara** Gracias. (Vase Antonio por la segunda derecha.)

ESCENA III

DICHOS menos ANTONIO Al final AMELIN

- And.** (Separándose de Luisa y acercándose á Clara.) Tenía usted razón... Es una muchacha muy simpática.
- Clara** ¿Verdad que sí?
- And.** De lejos tiene buen ver; no es fea... Es fina, espiritual. Además, ¡tiene una conversación!
- Clara** Ya le dije á usted que era muy agradable.
- And.** En efecto, en efecto. Y en cuanto á usted, Clara, veo que también esta noche se divierte usted mucho.
- Clara** ¡Oh, muchísimo!
- And.** ¡Qué charla más animada sostenía usted con Antonio! Parece que también ese chico tiene una conversación muy amena.
- Clara** No lo sabe usted bien; ¡amenísima! (Sale Amelin por el foro.)
- Amel.** El baile va á empezar.
- Clem.** Niños: al baile.
- Clara** (A Andrés.) Ofrezca usted el brazo á la señorita Dumont.
- And.** Lo estaba deseando, y puesto que usted se empeña... (Acerándose á Luisa.) ¿Me concede usted este vals?
- Luisa** Con mucho gusto. (Vanse por el foro Luisa, Andrés, Clementina y Rudegunda. Se oye la música dentro de un vals.)

ESCENA IV

CLARA y AMELIN

- Amel.** ¿No baila usted?
- Clara** No.
- Amel.** ¿Conmigo tampoco?
- Clara** Tampoco.
- Amel.** ¿Está usted de mal humor?
- Clara** Me aburro. No nací para esto. ¡En una fiesta me encuentro tan sola!

- Amel.** Y, sin embargo, más vale sola que mal acompañada, ¿no es eso?
- Clara** ¡No por Dios, señor Amelin! A usted siempre le agradezco la compañía.
- Amel.** ¿De veras?
- Clara** Sí, sí; de veras. ¿Vamos á bailar?
- Amel.** No, quedémonos aquí.
- Clara** Prefiero bailar. Vamos, ¿eh? Bailaremos... Le advierto que no sé si me acordaré. (Vanse por el foro.)

ESCENA V

DESIDER y RUDEGUNDA

Desider entra por la primera derecha. Se dirige al velador, en que hay botellas y copitas, y se sirve una de Benedictino. Rudegunda entra por el foro, levantando el cortinón que separa el comedor de la escena

- Rud.** Señor Desider... le he sorprendido á usted *infraganti*.
- Des.** ¿Una copita de Benedictino, señora Dumont?
- Rud.** ¡Ah, pérfido! Quiere usted comprar mi silencio con una copa.
- Des.** No; no es eso. Es que el Benedictino ayuda la digestión.
(Cesa la música.)
- Rud.** Muchas gracias. No tomo nunca licores espirituosos.
- Des.** ¡Si este no es espirituoso! Es más bien espiritual. ¡Como que le llaman licor de damas!
- Rud.** ¡Ah! ¿Es de damas? Bueno, pues tomaré un sorbo; pero uno nada más, por no desairarle.
- Des.** Es usted muy amable.
- Rud.** ¿Amable nada más? ¡Ay! no se hubiera usted contentado antes con tan poco.
- Des.** ¿Con qué?
- Rud.** Con llamarme amable nada más.
- Des.** Y dice usted que antes...
- Rud.** Sí, sí; antes, ¿no se acuerda usted?
- Des.** ¡Ah, ya! ¡Vaya si me acuerdo! ¿Una copita?

- Rud.** Si usted se empeña... (Bebe.) Tenía usted razón. Es espiritual enteramente. Casi tanto como usted.
- Des.** ¡Ah! ¿Yo soy?
- Rud.** ¡Mucho, Desider, usted lo es mucho!... ¡Con qué finura, con qué delicadeza me ha aludido usted en su discurso, á propósito de la condecoración!
- Des.** ¿Yo? ¿Cómo? ¿Cuándo?
- Rud.** ¿Qué creía usted? ¿Que no lo había comprendido? Al decir aquello de que las águilas no se desvanecen en las alturas y que usted es el mismo de siempre! ¡Ah, señor Desider, qué insinuación tan galante!
- Des.** No entiendo una palabra, señora Dumont, y usted me perdone.
- Rud.** ¡Ah, infame! ¡Quiere usted disimular ahora! ¿Quiere usted hacerme creer que no se acuerda de nada de lo que pasó antes.
- Des.** ¡Ya está aquí otra vez lo de antes! Pues... no me acuerdo, la verdad.
- Rud.** ¡Ingrato! Aunque los años pasan en vertiginosa carrera, yo lo recuerdo todo perfectamente. Usted era joven, yo también; me miraba usted mucho, yo lo agradecía; me seguía usted en el paseo, yo no dejaba de mirarle con el rabillo del ojo; en los bailes de la *Sociedad de chicos del comercio*, demostraba usted su predilección por mí sacándome á bailar con demasiada frecuencia, y yo me sentía satisfecha de sus atenciones. ¡Era usted tan simpático y estaba usted tan mono con aquel traje de cuadros grandes y aquel bigotito que parecía de seda! ¡Ah! ¡Quién me había de decir que llegaría usted á ser caballero de la Orden de Leopoldo!
- Des.** ¡Ya, ya! ¡Qué sorpresas nos reserva el tiempo! ¿Verdad? Usted entonces era delgada, esbelta, ágil, y ahora...
- Rud.** Y ahora, ¿qué?
- Des.** Ahora es usted... viuda.
- Rud.** Es verdad. ¡Y pensar que soy viuda por usted!
- Des.** ¿Por mí? ¡Señora, por Dios! ¿Qué dice usted?
- Rud.** Por usted, sí señor.
- Des.** A ver, á ver; explique usted eso.

- Rud. Si usted se hubiera dado cuenta á tiempo...
Ahora sería usted mi marido y yo no me
hubiera quedado viuda.
- Des. ¡Ah, vamos! ¿Otra copita?
- Rud. Bueno. (Beben.) ¡Qué guapo! ¡Qué guapísimo
estaba usted entonces!
- Des. Favor que usted me hace. Pues usted... (Ani-
mándose.) ¡También había que verla!
- Rud. Y aun ahora creo que se me puede ver, por-
que conservo el fuego de la juventud.
- Des. ¿El fuego? ¡Y yo que la encuentro fresca!
- Rud. ¿Eh?
- Des. Frescachona, vamos...
- Rud. Gracias, Desider... ¡Ay!
- Des. ¿Qué hay?
- Rud. Que quisiera confesarle á usted una cosa.
- Des. ¿Sí? Diga usted lo que quiera.
- Rud. Me da cierto rubor... pero.. ¡es preciso que
usted lo sepa alguna vez! Oigame usted, óye-
me Desider mío... ¡te he amado secretamen-
te como una loca.
- Des. ¿De verdad? (¡Santo Dios, el Benedictino!)
- Rud. Comprendo que hice mal en callar porque
ahora... ¡ya es tarde!
- Des. Las diez y media nada más.
- Rud. Pero doy por bien empleado todo el suplicio
de mi silencio, con tal de que tú confieses
también otra cosa.
- Des. ¿Cuál?
- Rud. Que no te fuí indiferente del todo.
- Des. ¿Nada más? ¡Pues sí! Rudegunda de mi
alma, confieso lo que quieras: que por aquel
entonces no sabía lo que me hacía, que aho-
ra casi no sé tampoco lo que me hago, que...
- Rud. ¡Gracias, gracias, Desider! Y démonos nues-
tro primero y último abrazo de amor.
- Des. ¡Sí, sí! ¡El último! ¡Qué sea el último!... (se
abrazan, aparece Amelin en el foro, Rudegunda da un
chillido estridente y huye por la primera derecha.)
- Rud. ¡Ay!

ESCENA VI

AMELIN y DESIDER. Desider mira confuso á Amelin y se ríe

- Amel. ¿Qué?
Des. ¡Qué gracia tiene, ¿verdad?
Amel. ¿El qué tiene gracia?
Des. (Siempre riendo.) Pero, ¿no lo has visto?
Amel. No... no he visto nada.
Des. Vamos: no te hagas el desentendido...
Amel. Palabra.
Des. Pues, chico, que está enamorada de mí.
Amel. ¿Quién?
Des. ¡Rudegunda, la señora de Dumont!
Amel. ¿Cómo es eso?
Des. Si casi no lo sé. Estábamos los dos aquí tan tranquilos... De pronto ella dice cuatro palabras... yo contesto cuatro y media... Si no es por tí que llegas me rapta... ¡Qué mujer tan... decidida! Se ve que los repetidos noviazgos de su hija la sacan de quicio.
Amel. ¿No habrá sido el Champagne?
Des. Amelin, necesito pedirte un favor.
Amel. ¿Cuál?
Des. Amelin, yo quiero echar una cana al aire.
Amel. A la vejez viruelas. Pero Gustavo, no te conozco, no eres el mismo.
Des. Echate á ti mismo la culpa.
Amel. ¿Por qué?
Des. Al demonio se le ocurre. Hacerme pasar la vida en *Villa Amelin*. ¿En pleno campo y en plena locura! Es la influencia del aire libre y del nido de amor. Aquella es una constante invitación al idilio.
Amel. ¡Desider! Tu estas borracho. La has cogido anacreóntica.
Des. Sí... puede ser.
Amel. Ven... Vamos á tomar el aire. (Vanse los dos.)

Desde aquí continúa la Escena X del acto
tercero

NOTA

DE LA GUARDARROPÍA, MUEBLES Y COLOCACIÓN DE ÉSTOS

ACTO PRIMERO

En el departamento de la derecha del foro, al lado de la puerta, un aparador de dos cuerpos; en la parte de arriba tendrá hojas de cristales para sacar de dicho aparador á su tiempo unos jarrones antiguos de renacimiento. Entre las dos puertas de la derecha un *bureau*-escritorio, encima del cual habrá una carpeta, tintero, plumas, libros de caja y otro de agencia, papel de barba, facturas, un bloque, lapiz, un sello de cauchouc con su almohadilla. En la parte de arriba del *bureau*, un busto de caballero, bronceado, un cuadro grande con un paisaje y un jarrón búcaro con flores. A la izquierda una mesita de nogal y encima tres ó cuatro cuadros pequeños.

Delante del *bureau* un sillón de baqueta. Seis sillas tapizadas iguales y puestas delante de la columna de la decoración unas encima de otras de forma que á su tiempo las pongan en hilera de dos en dos frente al público.

Tres sillas de baqueta, una va al lado del primer término derecha y las otras dos delante de las seis sillas que van delante de la columna y que al empezar el acto están una sobre otra; estas dos sillas se quitan á su tiempo y se ponen al lado de la mesita de la izquierda, en el momento en que empiezan á arreglar los muebles del almacén.

Un biombo detrás de las sillas. A la izquierda, delante de los escaparates, un sofá y encima dos sillas iguales al sofá.

Una mesita y encima otra silla igual á las anteriores. Encima de las dos sillas que van en el sofá, un tapete bordado color corinto y encima de la silla de la mesa, un pedazo de tela brochada.

Delante del otro escaparate otra mesita y encima un cartelito de cartón que diga: «Se alquila una habitación amueblada», con letras muy grandes. Alrededor de esta mesa, cuatro sillas de nogal y pana de color granate ó verde.

En las sillas y demás muebles unos cartoncitos pendientes de unos bramantes que tengan los números desde el 40 al 50 de un tamaño regular. El número 50 va en una de las sillas de pana que es el que se nombra y es conveniente que esté á la vista del público.

ACTO SEGUNDO

En frente del escaparate, sofá y tres sillas doradas; entre el sofá y las sillas un velador dorado y encima de éste dos ánforas y una bandeja, tarjetero de metal con tarjetas.

En segundo término izquierda, entre el escaparate y la puerta principal de entrada al almacén, un mueblecito elegante y encima de él objetos bonitos de bronce; un teléfono moderno de sobremesa que á su tiempo se habla con él.

Una cajita de cartón con tachuelas de tapicero y un martillo pequeño que sirve á su tiempo para poder clavar el agremán de una butaca.

A cada lado de este mueble, una columna con su tiesto de porcelana y su planta de salón. Una alfombra grande ó tapiz encima de la alfombra de mosaico y debajo del sofá, sillas y velador que van en el escaparate.

Delante de la barandilla de la escalera practicable y al lado de la puerta del primer término derecha, seis sillas tapizadas, cuatro una detrás de otras y dos encima contrapeadas, teniendo en cuenta que hay que atarlas á la barandilla para que no se caigan al subir y bajar los personajes por la escalera.

Delante de las dos vidrieras del ascensor, dos mace-tones con palmeras, una á cada lado. En el hueco frente á las vidrieras del ascensor, va una butaca tapizada estilo modernista y que el agremán de la parte de delante del asiento que esté desclavado y conveniente-

mente sobrepuesto en dicho sitio seis ó siete tachuelas clavadas en forma que el actor pueda cogerlas para clavar á su tiempo dicho agremán. Tres sillas volantes doradas.

ACTO TERCERO

Sillería de tapicería, sofá, dos butacas y seis sillas. Tres mesitas iguales.

Entre las puertas de la derecha, un mueble elegante ó un perchero, pero cualquiera de las dos cosas que sea tiene que tener espejo porque se miran á su tiempo en él.

El sofá va en primer término derecha, frente al público y cerca del mueble ó perchero que va á ese lado. Dos cojines elegantes en el sofá.

En el foro derecha una mesita con butaca y silla. Al foro izquierda otra mesita con tres sillas alrededor. A la izquierda, primer término, otra mesita con butaca y sillas.

Encima de las mesas, servicios de café, copitas de licor y de agua para diez personas repartidas en la siguiente forma:

En la mesa de la primera izquierda, tres tazas, platillos y cucharillas, tres copitas de licor con sus platillos y tres copas de agua. Un azucarero de metal con azúcar de pilón con sus tenacillas para servirse.

En la del foro izquierda, otras tres tazas, tres copitas y tres copas de agua y otro azucarero con sus tenacillas.

En la del foro derecha, cuatro tazas, dos copitas y dos copas de agua

Todo el servicio bueno y fino.

Las sorpresas que se nombran son de las llamadas *cosacos*. Al romperlas, estalla un fulminante. Contienen puros de papel de formas caprichosas. Se venden en Madrid, en el comercio de D. Carlos Prast, Arenal, 8, á una peseta la docena.

Precio: DOS pesetas